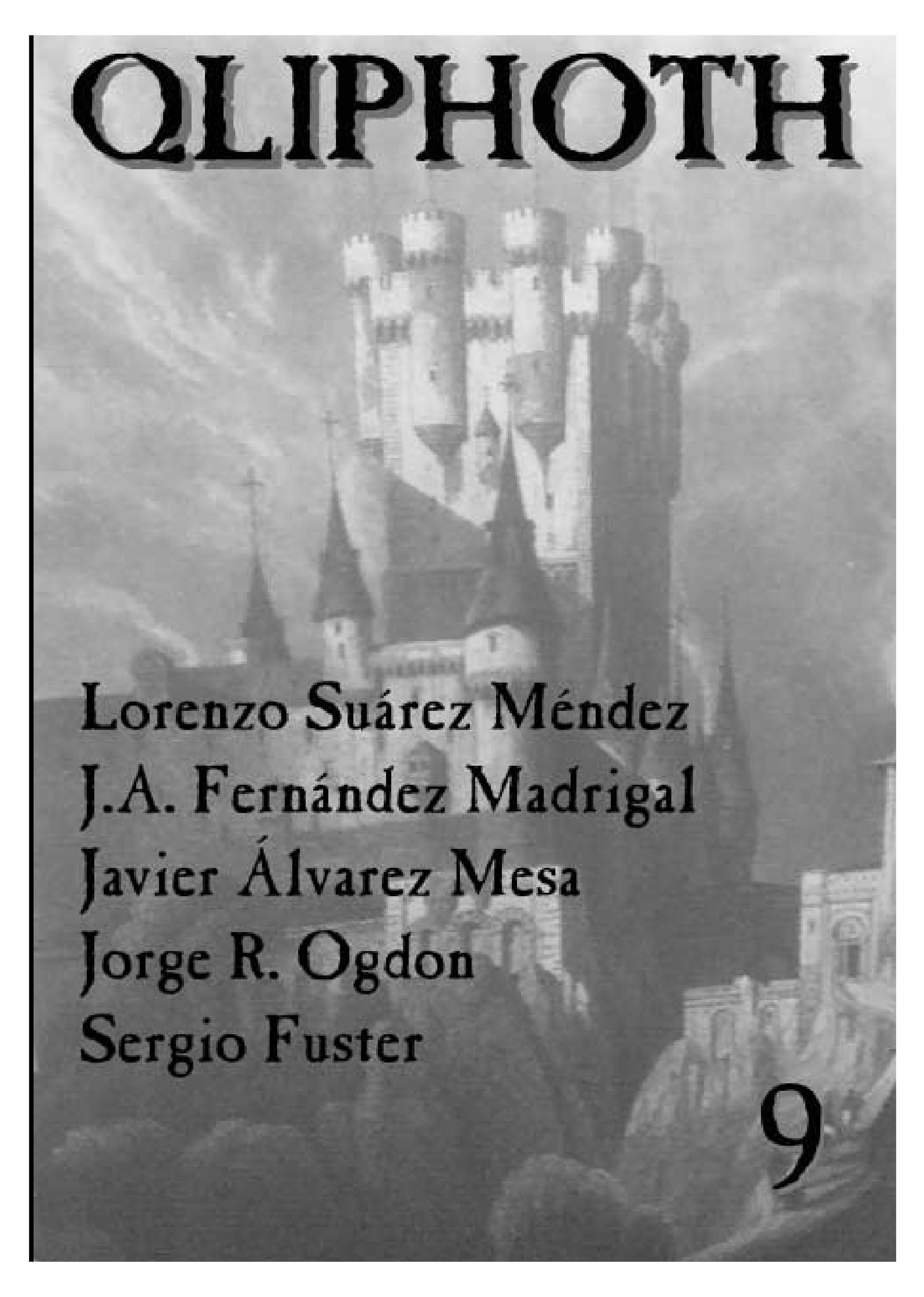


QLIPHOTH



Lorenzo Suárez Méndez

J.A. Fernández Madrigal

Javier Álvarez Mesa

Jorge R. Ogdon

Sergio Fuster

9

ÍNDICE

	Editorial.....III
	'Troya', por Lorenzo Suárez Méndez.....IV
	'La Configuración Simbólica de los Ángeles', por Sergio FusterXXXI
	'Gilgamesh', por Javier Álvarez Mesa.....XXXVII
	'El Secreto dentro de un Secreto', por J.A. Fernández Madrigal.....XLII
	'La Puerta Etrusca (VII)', por Jorge R. Ogdon.....XLIX

Julio 2003

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@eximeno.com

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Fotografía de Santiago Eximeno.

COLABORAN:

Javier Álvarez Mesa, J. A. Fernández Madrigal, Karo Las Vegas Connection (ilustración de editorial), Sergio Fuster, Lorenzo Suárez Méndez y Jorge R. Ogdon (ilustración de relato).



EDITORIAL

Epopeya

Un nuevo número de Qliphoth –y ya van diez– ve la luz, y esto sólo es posible gracias a vosotros. A vosotros, los autores, por confiar en nosotros como vehículo para publicar vuestras obras. Y a vosotros, los lectores, por continuar número tras número siguiendo con interés los relatos, los artículos, los comics y la novela por entregas que editamos. Estamos contentos, porque esta aventura comenzó como una apuesta personal, y con el paso del tiempo –ya han transcurrido casi tres años– la participación de todos aquéllos que han colaborado en esta publicación sin ánimo de lucro la han convertido en un motivo de orgullo para nosotros, y creemos que cumple su labor a la perfección: ofrecer un marco digno donde publicar contenidos con fondo mitológico.

Perdonadnos por esta editorial atípica, diferente a las anteriores que os habíamos ofrecido, pero os rogamos que nos permitáis, por esta vez, mostrar nuestra alegría por Qliphoth, y confiar en que sigamos contando con todos vosotros en esta aventura mitológica, que si la realizáramos en solitario sería una Odisea, pero contando con vosotros es sin duda una Epopeya.

Los Editores.



Por Lorenzo Suárez Méndez

LA LOCURA SACRÍLEGA DEL REY MENELAO

Laureatus me fecit.

*Canto XVI. Principalía de Patroclo. Verso 155.
Según la Illiada apócrifa de Laurentido Calígida.*

*Rápido camina la muerte, hermana del sueño.
Y así el que fue llamado hombre, corre con apariencia de lobo
y baja presuroso de la nevada montaña.
Del Ida inmenso, donde reina Zeus, soberano,
después de despedazar rebaños enteros,
desgracia para los altivos teucros.*

*Inmensa es su fuerza, gemela de su furia
y el propio Ares, funesto a los mortales,
no puede si no observarlo complacido,
comparándolo favorablemente a Deimos y a Fobos,
sus escogidos escuderos.*

*El néctar de las bestias, gotea de sus mandíbulas,
y corre raudo a saciar la ardiente sed, en negros manantiales
de aguas oscuras y profundas.
¿Dónde quedaron, caudillo argivo
las cráteras bien labradas, talladas en la Argos fecunda?.*

*Vomita casi, de tanta sangre como ha bebido
y a pesar de su vientre hinchado,
el ánimo vigoroso, permanece firme y rudo
en su pecho de humano...*

*Sólo entonces, saciado su apetito,
como el leñador, de robusto brazo,
que con recién afilada hacha abate
con estruendo rectos pinos
que sirvan de quilla a las cóncavas naves.
Y ve llegada la hora de disfrutar de la dulce comida...*

*Así el lobo contempló sorprendido
el botín que contenía el lecho del río.
Cadáveres consumidos, dormían el sueño eterno
por sus corazas pulidas, bien guarnecidos.*

*Víctimas insignes de la ira homicida,
que impulsa a los troyanos en el fiero combate
donde rocas y lanzas
buscan fieras, acabar con muchas vidas.*

*Reconoció los arreos argivos,
aquellos de hermosas grebas
de largas y bellas cabelleras,
en el combate tan temidos.*

*Los recuerdos aturdieron su cabeza
e intervino la gentil deidad,
durmiendo con afecto al lobo
para permitir despertar al hombre sometido.*

*El guerrero desaparecido
regresaba juntos a sus compañeros
por los bien trazados caminos
fiel a los sagrados juramentos.*

Troya Homérica.

10 ° Año del asedio argivo.

Año 3003 desde el nacimiento de Cristo.

Año 15° del reinado de Menelao, según la cuenta de Ulises, rey de Itaca.

I. En el bien murado campamento de los argivos

*Viendo la tierra tan doliente
apesadumbrada por el peso de tantos hombres
y de sus firmes corazas,
Decidió Zeus, en su imperio
liberarla de carga tan pesada.*

*Y promovió sangrienta enemistad
entre los dos pueblos principales
permitiendo que la tierra
fuese de ellos aliviada.*

*Por el amor de Menelao
y por el orgullo de Priamo
Por la ambición de Agamenón
y la cobardía de Alejandro.*

El corazón de los guerreros argivos es fuerte. Igual al del fiero león que baja de los montes nevados donde moran los dioses, dispuesto a devastar los pingües rebaños. Y así como los pastores le arrojan jabalinas y le amenazan con antorchas, no cede su valor. Y se mantiene rondando las proximidades del ganado, esperando el momento de hundir sus garras en el soñado botín. Orgullosos de su raza y de su estirpe, tan semejante a la de los dioses eternos, y con la sangre de estos mezclada. Se reconocían bajo sus corazas bien forjadas, como la progenie de tantos y tantos valerosos campeones. De aquellos que habían entregado su

sangre en un millar de guerras victoriosas anteriores a ellos. Eran el final del largo camino, el más alto de los eslabones que les unían a sus antepasados, así como otras cadenas unen a otros hombres a su infortunada esclavitud. Por encima de ellos, sólo los dioses eternos, que festejan para siempre en el venturoso Olimpo, podían ser testigos de su grandeza y de su gloria. El Olimpo, sí; el Olimpo... Y la infecunda Troya.

Frente a ellos aquel monstruoso bastión de cemento y acero, se erigía casi burlesco. Una mole gris y geométrica, construida por los inmortales dioses gracias a una ciencia olvidada. En su pétrea firmeza se condensaban diez años de insultos al valor aqueo... Era por Troya por la que combatían desde hacía diez duros inviernos. Troya. Y entre toda la hueste venida de la fértil Grecia, sólo un hombre combatía por Helena, oscura diosa, de Zeus engendrada. Menelao, rey de Esparta. La de anchos caminos, que por orgullo vive sin la protección de las murallas, que los alcázares de tantas naciones adornan. Menelao, que a pesar de ello, vivía encerrado en su negra obsesión, en su insana locura... El ejército argivo, dirigido por un demente. Un orate familia de Zeus. Hacía ya demasiado tiempo, que en los festivales de la victoria, en que los troyanos honran a Minerva, lucía el anciano rey Príamo, con justificado orgullo, las riquísimas armas de Agamenón Atrida. Habían sido un regalo de su hijo, Héctor, matador de hombres, domador de caballos, de tremolante penacho. Las armas de Agamenón... y sus despojos dentro de estas. Veinte reyes griegos habían visto velarse sus ojos bajo la sombra de la muerte, y sus armas y caballos habían pasado a enriquecer la heredad de la casta del Priamida. Veinte reyes griegos le servían de adorno y orgullo al caudillo troyano... Veinte reyes y un príncipe elegido, superior a todos ellos por su casta divina. Los despojos de Aquiles, el de los pies ligeros, iban pudriéndose en los muros de Troya desde hacía un año... Allí donde ningún aqueo podía rescatarlos. Con gran coraje el Priamida había dirigido su lanza hacia el corazón del hijo de Peleo y Tetis. Y derrumbado, vio la lanza conmovirse y temblar agitada por el gran corazón que perecía. Arrancó el arma del eximio cuerpo, y con ella arrastró el pericardio, sangrienta víscera. Con grandes gritos, arrastró el cadáver hasta Troya. Los inmortales corceles que habían conducido al combate al hijo de la ninfa, guiaban ahora al hijo de mortales, no por regios, menos humanos.

Incluso la lanza poderosa, grande y de oro guarnecida, del glorioso Eácida blandía el troyano. La lanza que sólo Aquiles entre los aqueos era capaz de manejar, segaba en cada batalla una docena de vidas en manos de Héctor. El sabio Quirón, último entre los centauros, se la entregó para que con ella matara héroes. ¡Y a fe que podía estar orgulloso! ¿Cuántos caudillos de la hueste argiva no habían caído ya víctimas del bien templado acero?

Pero no permanecen aquí los reyes de Grecia para vengar a los reyes muertos, sus hermanos. Ni siquiera para rescatar a la argiva Helena, que divierte las noches del bello Alejandro... No.

Ulises, dulce en la mentira, fecundo en recursos.

Ajax Telamonio, torre de su raza, con ocho boyunas pieles guarnecido.

Diomedes, el más joven, rey de Tebas.

Es el trigo el que alimenta sus sueños y su valor. El que da alas a sus almas y fuerzas a sus corazones. El trigo que alimentará Grecia y nutrirá nuevas generaciones de guerreros. Ejércitos para dominar la tierra. El trigo que guarda Asia... y Troya es el cerrojo de esa riqueza. ¡Que mancille Helena el nombre de Menelao cada día de su vida! ¿Que les importa eso? Campos de trigo, esclavos, ciudades sometidas... Por eso se lucha a las puertas de Asia, bajo las murallas de Troya... Siento lástima por todos nosotros. Por la flor y el ornato de la Hélade, al mecanografiar cada día los informes que hablan de nuestras derrotas, de los muertos que se amontonan en las piras. Diez años hace que penamos en esta llanura asolada y azotada por los vientos. Y poco a poco iremos muriendo todos. Víctimas de la orgullosa locura de un solo rey, y de la ambición de tantos.

Así habló Homero, secretario del rey de Rodas, semejante a un dios, en los tiempos heroicos de los Dioses y los Héroes.

II. La profecía del guerrero ausente

*Así duerme el rey Menelao
dignísimo hijo del noble Atreo
elegido de entre los aqueos por su fuerza*

y la sucesión de su casta.

*Camina armado de fulgente acero
con pesada lanza y aguzada espada
armadura labrada con escenas de los combates
mantenidos por los hombres contra los centauros.*

*Privilegiado por el favor del divino Ares
y por el parentesco elegido de Zeus Cronida
heredero de los reinos de Atreo
y del mas elevado de los linajes.*

*Líder de la hueste argiva
señor entre los señores de Grecia
comandante supremo de la expedición aliada
ofendido esposo de Helena.*

La sangre de un troyano empapaba las manos de la bruja, que la recogía codiciosa en el cuenco que con ellas formaba. Había goteado lenta, con desgana, del cadáver colgado de una viga. El aroma del incienso sagrado asfixiaba dentro de la tienda del rey. Guarnecida de pieles y púrpura, repleta de amplias estancias que la resinosa planta enturbiaba. Pero ni ella ni Menelao parecían molestos con ello. Aquella atmósfera enrarecida ya les era mas cómoda que el aire fresco del vinoso ponto. Ambos vivían entregados a los vaticinios rogados ante Hades, señor del infierno, tercer hijo de Cronos.

La soldadesca la había violado una docena de veces el día que llegó al campamento, antes de permitirle mostrar sus poderes de adivina. Era joven y hermosa, y venía de muy lejos para ofrecerle al rey Menelao, dignísimo atrida, caudillo de la hueste argiva, el consuelo de su consejo. Ulises, sospechando de ella, la habría ahorcado sin dudarle. Pero a cambio, fueron doce tebanos, de hermosas sandalias, los que colgaron del parapeto aqueo. Los doce hombres que la habían ultrajado. Los prodigios de la bruja habían conquistado al rey, y el campamento tenía otro motivo más para la murmuración.

Ni un solo hombre dejaba de maldecir el designio divino que les condenaba a aquella infinita espera.

En el consejo de los reyes, ante todos los caudillos reunidos, profetizó la bruja. Se presentó sin haber cambiado los andrajos que los soldados habían roto en su lujuria, e hizo girar las suertes bien labradas. Usó para ello el casco abollado de un teucro, muerto en la dura y sangrienta contienda. Tras leer el destino en las fichas, habló con seguridad e imperio. Sentenció el destino del ejército. Los males que habrían de maldecirlo.

—Os proclamo que aún durarán severos años vuestros sufrimientos y pesares. Más al final de estos, veréis satisfecha vuestra ambición. Caerán las puertas de Troya, y con ellas, las de la fecunda Asia, llena de hombres y de infinitas riquezas.

Los reyes y los capitanes se revolviéron inquietos. ¿Tan lejos habían llegado, para tener que recurrir a los desvaríos de una bruja? De la incomodidad de los caudillos se hizo eco uno sólo: Néstor, rey de Pilos la arenosa, primero en el consejo, que elevó su voz de anciano.

—¿Brujas? Bien está que los más indignos de los soldados entretengan las largas guardias con mendigas de bellos ojos, que tras prometerles tronos y doncellas, calienten sus entumecidos miembros. Pero no es digno, a los ojos de los dioses, que un rey argivo malgaste así su tiempo, y tome por estúpidos a sus iguales.

La bruja hizo girar de nuevo el caso, y nublando sus ojos, sentenció con voz profunda, como surgida del Hades al que sacrificaba.

—Mal haces en dudar de mi poder, oh rey de Pilos. Tu consejo, es de los reyes aqueos, por encima de todos estimado. Pero los dioses han sentenciado que hasta este consuelo les será arrebatado. No pasaran tres lunas sin que tu cabeza cuelgue del argenteo cinto del indomable Héctor.

El anciano, perdido el color, mudada la expresión del noble rostro, dominado por el terror, trató de herir a la bruja con su espada. Pero el inflexible Menelao se interpuso, y arrojó al suelo al anciano. Le

arrebató la aguzada espada, decorada de argenteos clavos.

–Ya basta anciano. Que uno de los dos tiene que morir es evidente para todos. No te preocupes por tu honra. Si en tres lunas Héctor matador de hombres no ha terminado con tu longeva vida, yo mismo arrancaré el corazón del blando pecho de esta bruja.

Y terminando así el consejo, se retiró Néstor a su tienda, a esperar el curso de los acontecimientos. Mejor hubiese tomado el anciano el camino de Pilos la arenosa, donde habría disfrutado, a pesar de las burlas de su pueblo, de largos años de vida. Pero eligió quedarse, entre pieles escondido. ¡Flaco favor hizo a los argivos! En una temeraria incursión, el dignísimo Priamida, eligió su tienda por ser la más rica. Con aguzada espada, golpeó sus tendones, allí donde sostenían la regia cabeza. Y sin salir del sueño, adornó como bélico despojo, el rico cinturón de Héctor, homicida.

Ninguno de los hombres volvió a dudar del consejo de la bruja, a pesar de que el odio que destilaban hacia el rey de Esparta, aumentase con cada día, que Apolo generoso les ofrecía. Pero habían entendido la muerte del dignísimo Néstor, no cómo profecía, si no como castigo. Y nadie levantaría por ello homicida mano, contra el rey o su bruja. Triste destino el de los aqueos, que recurrían como verdugo al orgullo de Troya.

La bruja arrojó los huesos, sucios de la sangre que manchaba sus manos. El rey ni siquiera se molestó en mirarla, mientras la muchacha descifraba los signos ocultos. Extendió la mano que sostenía la gigantesca copa, y su esclava corrió a llenarla hasta los bordes de espeso vino de Isandro, puro como la sangre. Con la otra mano, apagó su pequeño equipo de sonido. Los lamentos dulzones de un rapsoda, cesaron, invadiéndolo todo de silencio.

–¡Grandes nuevas mi señor! Los dioses os son singularmente propicios –anunció ella con alegría y orgullo.

El rey terminó un largo trago y la miró desapasionadamente. Su mirada era cada día más fría y más turbia. Igual que su voz, desprovista de ilusiones.

–¿Grandes nuevas? Hasta ahora sólo has profetizado desgracias y muertes para mi ejército. Mis hombres murmuran, y los otros reyes ansían colgarte, por ser símbolo de singular maleficio –bebió de nuevo –. Siempre desde que llegaste. Y así mi poder se evapora. Conspiran contra mí.

–No, mi señor. Esta vez los dioses os mostraran definitivamente su preferencia. Grandes señales demostraran que sois el elegido del insigne Zeus para recuperar a su hermosa hija. Para arrasar esa ciudad sacrílega. No temáis las conspiraciones, mi poder os mantendrá a salvo de los traidores. El terror que por mí sienten, supera incluso al que en ellos despierta Héctor homicida, cuando entona el peán en honor de Ares.

El rey dejó que la copa se derramase sobre el suelo de la tienda, guarnecido de ricas telas y peplos muy hermosos. Peplos que allá en Esparta fueron tejidos por hermosas esclavas, que en el lecho de sus conquistadores gastaban belleza y vida. Se levantó con desgana y se aproximó a la bruja. La colocó de espaldas a él, apoyada en un cofre bien guarnecido de oro y brillante plata. Era un regalo de la ninfa Tetis a su hijo, para que éste guardase las armas divinas que ahora vestía Héctor, hijo de Príamo. La desnudó con torpeza y, acariciando sus caderas, volvió a poseerla. Al modo sucio y brutal, hasta doloroso, con que el rey gozaba de cada mujer. Sin compasión, sin querer ver su rostro... Recordando a Helena, diosa argiva, y los tormentos y placeres que le reservaba. La muchacha soportó la humillación con estoicismo. Peores tratos había recibido. Por tres años había distraído la impaciencia del rey, pero no aquel día. Cuando años de funestos presagios la iban apartando del favor real, el señor de las profundidades infernales, de los campos sin sol que se extienden más allá de la Estigia, le mostraba su aprecio. Un guerrero llegaría del este, descendiendo del Ida brumoso. Un hombre con el espíritu de una bestia, marcado por los estigmas y poderes con que Plutón señala a sus reses. Esta idea alegró tanto su animo, que hasta logró disfrutar del antinatural trato del rey. Sabiendo, por supuesto, que con esto arruinaría el placer de Menelao. Solo entonces reveló al rey la promesa del futuro, la señal inequívoca de los dioses.

–Con el que ha de venir, la hueste de los griegos, y los designios de Zeus estarán completos. El último de los guerreros argivos, el elegido entre ellos. El será el golpe definitivo, el que, tras otros cientos, hará derrumbarse en su colina, el alcázar sagrado de Troya.

III. El Sueño de Casandra

*En las amplias estancias del alcázar de Troya
la bien murada y ventosa ciudad
habitan los hijos del fecundo Priamo
elegidos por su prestancia y beldad.*

*Los dioses elevaron en otro tiempo
la invencible fortaleza que luego habitaron
los divinos teucros, domadores de caballos
que se pasean orgullosos en sus carros.*

*Y ocultan en sus entrañas blindadas
a la mas hermosa hija del augusto soberano
Casandra, la más bella joven
maldecida por el don de la profecía.*

*Lo que es ornato de ancianas
que gastan sus pulmones aspirando
fétidos y venenosos vapores
Es la condena de esta niña.*

Andrómaca se despertó aterrada. Sentía un calor asfixiante. Notó con disgusto que el sistema de aire acondicionado estaba apagado. Algún esclavo merecería ser azotado por aquel descuido. Pero no era eso lo que la incomodaba tanto... Otra sensación más fuerte, más terrible, la había alertado. Un presentimiento oscuro, que reconocía con terror. Héctor dormía plácidamente a su lado, tras haberla amado tres veces aquella noche que aún se prolongaba. La matanza siempre despertaba el ardor de su esposo, y era halagador que al contrario que sus hermanos principescos, ahorrara sus energías para su esposa, y no para la última criada de pechos generosos y grandes ojos privados de inteligencia.

Salió al pasillo, tras vestir un hermoso peplo y recibir el saludo de los guardias, armados de brillantes espadas. Tomó el ascensor y descendió a los niveles más seguros de la fortaleza, allí donde residía la familia del rey Príamo. Donde por orgullo, Héctor su esposo, se negaba a esconderse. Atravesó el ancho pasillo y se dirigió a la habitación de la joven Casandra. Oprimió el timbre, mientras elaboraba mentalmente una excusa que justificase una intrusión a tales horas. Pero no fue necesario. Envuelta en una bata de seda, la joven hija del rey la recibió abrasada en lágrimas.

—¿Tú? Pasa por favor, yo tampoco puedo dormir.

Y dándole la espalda corrió a sentarse en la cama, tratando de secarse las lagrimas con una caja de pañuelos de papel. La bata se había abierto un poco. Andrómaca dejó de fijarse en sus piernas, largas y torneadas, sin más que un rubor de vello. Ahora podía distinguir el vientre plano y vertical de la joven virgen. Los pechos grandes, firmes, orgullosos y desafiantes. Con aquellos pezones suaves y castaños que no habían estropeado los mordiscos de padre e hijo. Casandra era realmente hermosa a sus breves catorce años. Incluso sintió una punzada de envidia. Ella había sido más hermosa si cabe, cuando Héctor la llevó al tálamo. Pero habían pasado quince años y la crianza de un hijo. Y de repente lo vio. Tan claro cómo si fuese real. Casandra, llorando, atada, con el hermoso peplo roto y sucio, el pelo enmarañado... Arrojada como un fardo en la oscura bodega de una oscura nave. Con sus firmes muslos sucios de su propia sangre.

—¿Tu también lo has visto verdad? —dijo la joven levantando los ojos llorosos hacia su cuñada.

—¿El que, niña?

—El fuego, la ruina de la ciudad. Nadie me cree Andrómaca, dicen que son tonterías de niños. Que las viejas esclavas y sus juegos me han trastornado. ¡Pero es cierto! ¡Lo sueño cada noche! ¡No puede ser falso!

Y se derrumbó en llantos sobre ella, que la acogió amorosa como una madre. Tuvo miedo. Miedo por aquella niña perfecta convertida en trofeo en algún oscuro palacio de Grecia. Miedo por su hijo, alejado

de sus padres... Y miedo por el guerrero invencible que dormía, saciado de amor y matanza en su cama matrimonial. Miedo por aquel cabello castaño, por aquel pecho gigantesco y musculado... Temió no volver a verle, y entonces lloró empapando los rizos dorados de Casandra.

IV - El lobo que caminaba entre los hombres

*Regresó así el lobo entre los suyos
recuperada la apariencia humana
como regresa el campesino a sus campos
llegada la dura hora de la siega.*

*No encontró el hogar encendido
por que las dudas corrompen el corazón de los hombres.
pero la bruja, con los oráculos divinos
defendió su elevado nombre.*

Descendió desde las nevadas cumbres del Ida brumoso, tan desnudo como había nacido, aquel día lejano que abandonó el vientre de su madre. No encontró en el llano a las patrullas troyanas, que vigilaban sobre sus veloces corceles de duros cascos. Nadie reparó en él hasta llegar casi hasta los muros del campamento argivo, que se extendía entre dos elevadas colinas, cerrando una inmensa playa. En la puerta principal, por donde salen los reyes en sus brillantes carros, y por donde regresan cargados de sangre y sudor, montaban guardia dos hombres nativos de Salamina. A ellos, a los que las bien labradas suertes habían destinado ese servicio, se dirigió el desnudo caminante.

—¡Salve! ¡Soy Politeón, Espartano, capitán de la hueste del rey Menelao! Dejadme pasar al campamento.

Los guardias ya habían empuñado diestros sus lanzas para detenerle, y rieron ante su presentación. Desnudo, y sin cicatrices visibles; las señales que atestiguan el valor de los guerreros distinguidos en el combate, debía tratarse de algún campesino enloquecido. Así que se acercaron a él, dispuestos a maltratarlo por diversión, y apresarlo luego como esclavo, por negra e impía codicia.

—Seas quien seas, ridículo loco, probarás los abrazos de una cadena griega en tus manos.

Pero no sería aquel hombre bocado a la medida de sus quijadas. Con extraordinaria ligereza se revolvió contra ellos, desarmado como estaba, privando a uno de su pica. Antes de lo que el más hábil de los heraldos tardaría en contarle, ya los había derrumbado bajo innumerables golpes del vástago del álamo. Privó al más corpulento de ambos de su manto, cubriendo así su impúdica desnudez, y siguió su camino. Signo de la dejadez que por entonces atormentaba el ánimo de los griegos, no había más guardias cercanos. La muralla era apenas una empalizada reforzada con rocas y tierra. Había varias grandes puertas como aquella, y más de una docena de torres protegiéndolas. Pero nadie reparó en su presencia. Nadie se tomaba la molestia de vigilar. Ante el muro, se extendía un gran foso, nunca terminado. Y un tanto más allá, una línea de alambre de espino, oxidado hacía varios años, y solo por el mismo óxido sujeta.

Dentro del recinto, las tiendas se extendían sin orden ni concierto, agrupadas en derredor de las estancias de los reyes a los que cada cual debía justo homenaje. Al fondo, en las arenosas playas, permanecían varadas en tres filas, las innumerables y negras naves. Navíos hermosos, gráciles pentécoras, muchas de las cuales se pudrirían allí sin remedio. ¡Habían muerto hacía mucho los hombres encargados de tripularlas!

Politeón se encaminó con seguridad hacia las tiendas espartanas, con la firmeza de quien ha recorrido muchas veces el mismo camino bien trazado. A medida que atravesaba el campamento, se iba formando una imagen de éste muy diferente a la que atesoraba en su memoria. Aquí y allá había huecos importantes entre las tiendas y las cabañas que custodiaban el merecido descanso y el dulce sueño de las huestes. Muchas de las que seguían en pie tenían un aire de abandono evidente, que parecía mostrar a las claras el vacío que las consumía. La atmósfera era pesada, opresiva. Se oía el desaliento y la desesperanza. Casi se diría que ahora eran los orgullosos argivos, de hermosas grebas, los que soportaban la rigidez de un

asedio. Distinguió al fin las tiendas de sus compatriotas, señaladas por tremolantes estandartes blancos. Así es que antes de señalar la noble ambición de la paz, semejantes estandartes proclamaban al mundo el ansia guerrera de los Atridas. Estandartes blancos e impolutos, con una gran Alfa negra solitaria y orgullosa. Notó también allí los huecos de siniestro presagio. A medida que se adentraba, rostros familiares surgían de las tiendas reconociéndolo. Muchos conocidos, pero no los bastantes. La negra muerte había hundido con encono sus garras sobre las falanges espartanas. El murmullo de los hombres se animó, como se anima ante las novedades que distraen del aburrimiento, sólo para apagarse en cuanto el recién llegado quedó de lleno bajo la ominosa sombra de los pabellones reales.

—¡Oh rey, Politeón de Esparta, tu súbdito y capitán de tu hueste, te presenta sus respetos! —gritó ante la entrada, haciéndose así notar a la atención de su soberano.

El espartano, a pesar de que no recordaba casi nada de los largos años como bestia, no había perdido la noción del tiempo transcurrido. Pero mientras que el no había envejecido, e incluso parecía revivido con la lozanía de la juventud, todo a su alrededor había sufrido el estrago del tiempo durante una rígida carga de años. Aún sabiéndolo, le costó reconocer a su rey, cuando este emergió de las humeantes entrañas de su aposento. El pelo, más oscuro que nunca, crecía largo y agitado. Su rostro, por completo afeitado, violando la costumbre espartana (así se hacía más llamativo en el campo de batalla por orgullo e inconsciencia) revestía una mortal palidez, aunque sus ojos, luciesen profundas y grises ojeras.

—Politeón. ¿De dónde surges capitán?. ¿En qué negro y húmedo agujero te has escondido todos estos años, corazón de ratón?. Dioses, que grande es tu descaro y tu atrevimiento osando mostrarte ante mis ojos.

¿Quién era aquel guerrero?, pensó el rey. ¿Politeón, el hijo de sus pastores? No sólo aparentaba ser aún más joven de lo que había sido hace años, si no que el vigor y la salud se notaban en él como preciado regalo. Su altura parecía mayor, haciéndole destacar entre los suyos como una torre en un castillo. Y, por encima de todo, el rey no recordaba aquellos ojos azules, brillante, casi translúcidos en aquella cara tan familiar.

El capitán, a pesar de la ofensa, saludó profundamente a su rey, con el respeto que era debido al señor de Laconia, hijo del nobilísimo Atreo, escogido entre todos los argivos por la elevada dignidad de su casa y la sagrada sangre que ostentaba.

—Si he estado escondido, como vos afirmáis, o a la vista de todos, ni yo mismo puedo decirlo, oh rey. Estos años han volado de mi mente. Nada puedo recordar desde el día aciago en que cayó vuestro dignísimo hermano en el campo del honor. Las heridas de la batalla causarían estrago en mi mente, igual que las armas de Héctor homicida causaron estragos en mi carne.

El rey le contempló sin creer en sus palabras. Y en realidad podía oler la mentira, aguzada sensibilidad que desarrollan los gobernantes que viven en palacios donde la verdad es extraña. Pero queriendo dar crédito a la bruja, deseando encontrar el presagio favorable del que ella le hablaba y tomando al perdido capitán como el símbolo de los dioses, aceptó su presencia, como si realmente regresase del averno. Tal es así, que las bondades que los adivinos predicen, muchas veces terminan cumpliéndose, por que los hombres, en su inocencia, desean de verdad verlas cumplidas. Y así, tomando todo presagio por prueba inequívoca, ceden incautos a la esperanza.

—Si la victoria adornase mis estandartes, y de la gloria de los vencedores quisieras participar. Si con codicia reclamases tu parte del botín... Te haría ahorcar sin dudarlo, entregando tus despojos a las carniceras bestias. Pero como vuelves a nuestro lado cuando nada si no fatigas podemos compartir contigo, te acepto de nuevo entre los tuyos, para que en el campo del honor decida el destino si eres un cobarde o un valiente. Puesto que tomé para mí tus pertenencias, ordeno ahora a mis heraldos que te sean restituidas.

—Gracias, oh mi rey. Trataré de servirte con la misma dignidad con la que un día combatí bajo tus banderas.

Y sin más, el soberano regresó a la oscuridad de sus estancias. Si aquel era el signo de la ventura divina, ocasiones habría para que lo demostrase... O para que los troyanos acabasen su trabajo, colgándole, como a tantos otros, de un armazón de lanzas rotas.

Politeón volvió a montar su pequeña y sobria tienda, y le fue reintegrado el mando de su menguada compañía. La noche inundó el campamento argivo, y encontró al guerrero limpiando sus armas, cubiertas de oxido por el tiempo y el descuido, a la luz del danzante aceite. La cortina que cerraba la tienda, se levantó

para dejar paso a una hermosa muchacha. Creyendo que se trataba de una cortesana, hizo ademán de buscar una moneda en su arca...

—No te molestes, preclaro guerrero, mis favores se regalan, no se compran. Y tu ya has tenido ocasión de gozarlos.

El guerrero se irguió, incitado por la joven.

—Eso no es cierto niña. ¿Cómo podría entonces haberte olvidado?

Ella dejó caer su hermoso peplo, mostrando las cicatrices de garras que marcaban su hermoso pecho. Reconociendo sus propias y bestiales huellas, Politeón retrocedió espantado, sabiéndose descubierto. Una hoguera al atardecer, acogería su carne maldita. No tolerarían los hombres, en su presencia, a una bestia dañina y tenebrosa como él.

—Seguro que el lobo si que me recuerda. No se que oscuro maleficio te ha liberado, pero quiero que sepas que es voluntad de los dioses que yo me valga de tu fuerza y de tu poder en servicio del rey Menelao.

Politeón la miró sorprendido y asustado. Aquella muchacha aparentaba saber mucho mas que el mismo de su condena.

—¿Qué sabes de mi chiquilla? ¿A qué Dios he ofendido tan gravemente que me condenase a todos estos años de vagar entre las bestias?

—No deberías verlo como un castigo, si no como un don de la caprichosa divinidad. En todo caso, como un cambio que te ha resultado ventajoso. ¿Recuerdas al gigantesco lobo al que diste muerte, pocos días antes de encaminarte hacia esta tierra de Asia?

Politeón lo recordaba. Aquel lobo monstruoso, tan grande como un león, que cazaba por igual a los rebaños y a los pastores. Una pesadilla colosal, contra la que no parecía haber remedio.

—¡Aquella abominación maldita!. Devoraba rebaños enteros, escogidos de entre la heredad del rey. Mató a cuatro hombres de mi partida, y poco faltó para que yo les siguiese al reino de Hades. A la profundidad del oscuro reino, donde no hay pan ni sal, ni espeso vino para calmar la sed.-

—Esa es la respuesta que buscabas, oh Politeón. Aquel lobo era el pastor predilecto del oscuro señor, el guía escogido de sus rebaños lupinos. Con su muerte, estableciste una deuda con los reinos infernales. Cuando Héctor homicida, de tremolante penacho, segó tu vida en defensa del rey Agamenón, con gravísima herida... El espíritu de la bestia vio llegada la hora de cobrar su deuda, y te inundó con su naturaleza, puesto que para ti había llegado la hora de morir. Y Hades así lo impuso para recuperar res tan querida, entre todas sus pertenencias, estimada.

—¿Y por qué me ha devuelto ahora mi forma humana?

—Porque hay grandes planes para ti, mi bravo guerrero. Grandes planes. Y el oscuro señor que reina en las profundidades de la tierra, me ha concedido tu concurso y ayuda para mejor servir al divino Menelao, nuestro rey.

—Si todo esto sucede en servicio suyo, agradezco al Dios de los muertos la ocasión de ser útil a mi soberano, y me pongo de lleno en tus manos.

La muchacha sonrió ante la lealtad del guerrero-lobo, y besó levemente sus labios. Acarició la única cicatriz visible en aquel cuerpo juvenil y firme, las garras del terrible pastor del rebaño infernal, hondamente grabadas en el cuello del guerrero.

—De ti tan solo depende ver finalizada esta dura contienda con la gloria de Esparta o la ruina de tu nación. Sigue cuidando tus armas. Pronto las necesitaremos.

Y la bruja abandonó su tienda. Pero a pesar de la seguridad que mostraban sus palabras, le dejó envuelto en la negra duda, en fúnebres presagios.

V. Héctor y Paris

*Gobernaba Príamo, feliz y longevo rey
sobre grandes y prosperas heredades,
asentado en el elevado trono de su palacio
y en las lanzas refulgentes de su innumerable prole.*

*Extendía su señorío, mas allá de los mares por extensas tierras
y treinta ciudades, hermosas y pobladas, vasallas todas
le ofrecían su homenaje devoto y sus tributos
y como esposas, muchachas hermosas, esbeltas y morenas.*

Cuando el rey Príamo abandonó el salón del trono, decorado por bellas y rojas columnas, la atmósfera se volvió mucho más tensa. En su ausencia, reconociéndose abiertamente o no, todos sabían que el mando pertenecía a Héctor, su hijo predilecto, campeón eximio de Troya. Hasta el gran guerrero había dejado de clamar ante su padre por la expulsión de la reina de Esparta. Todo era inútil. La decisión del anciano; cada día más débil y de razón más nublada, era firme como los cimientos de su ciudad. Tal vez consciente de que su final se acercaba, reaccionaba siendo más arrogante, celoso del poder que temía perder pronto. Y eludiendo los consejos, tomando en cambio decisiones poco razonadas y escogidas al vuelo, no admitía en su presencia la fértil discusión. De todas formas, a aquellas alturas, las exigencias de los griegos ya se habrían vuelto inadmisibles. Héctor observaba a Helena con una mirada glacial. Pero no dejaba de calibrar interiormente las virtudes de la reina. Ya no era joven ni virgen cuando Alejandro-Paris la raptó de la lejana Esparta. Y diez largos años en las profundidades de Troya no habían hecho ningún favor a su belleza. Reconocía en sus labios carnosos, en la curva de su seno... Incluso en el tono de su pelo, un punto menos rojo que el fuego, la belleza que había conmovido a su hermano y a su pueblo. La belleza que incendiaba el corazón de Menelao, el monstruo de coraza historiada que asediaba sin descanso su ciudad. Pero incluso entre las siervas encontraría muchachas igual de hermosas, además de vírgenes y jóvenes. No. Lo importante en ella iba más allá de su belleza. Había sido para Menelao, la forma de emparentar con los dioses, y ahora una ofensa que tenía que reparar a riesgo de perder para siempre su puesto entre los griegos. Para Alejandro, el mayor triunfo como seductor, el capricho supremo. A Príamo le llenaba de orgullo, por que era el símbolo de la virilidad de Grecia humillada por Asia... Pero también era el precio de aquella guerra. Una reina europea seducida por el último bastardo de un déspota asiático. No habían tenido otra opción los argivos... Entonces fue cuando su esposa, rompiendo todas las tradiciones, y la modestia que es debida en las mujeres, se elevó de su bien labrada silla, para hablar a los príncipes reales y a los caudillos aliados.

—¡Escuchadme dignísimos reyes, príncipes troyanos! Hasta ahora los felicísimos dioses nos han sonreído, pero ya se adivinan los presagios de nuestra condena. Muchos de sus reyes han encontrado la muerte, y gran número de sus eximios guerreros. Pero permanecen. Porfían en buscar nuestra desgracia. Grecia entera alimenta su empeño con grasas reses y montañas de plata y oro. Nosotros sostenemos inútil guerra, de la que ningún beneficio esperamos. ¿Por que no entregarles a los culpables de esta calamidad?

Y así le respondió Alejandro, llamado Paris, viendo peligrar su cabeza. Ladrón y mirón de mujeres, nada le importaba la posible caída del alcázar sagrado, ni se conmovía por las exequias de tantos príncipes escogidos. Solo pensaba en su propia seguridad, la que tantas veces le hacía escoger los últimos puestos en la batalla.

—No voy a disculparme, digna cuñada, ni a negar la tremenda responsabilidad que me atañe. Pero no veo que la solución sea tan simple. A estas alturas, los griegos no abandonarían el campo de batalla sin haber calentado sus corazones con las cenizas de nuestra ciudad. No combaten por ofensas reales o imaginadas, combaten por las riquezas de Troya. ¡Y no os engaños, altísimos aliados! ¡Después de Troya la codicia de los griegos, que tienen corazón de lobos, les exigirá la ruina de vuestras ciudades!

Héctor guardaba silencio mientras la sala se fue convirtiendo otra vez en un coro de gritos y propuestas. Su padre había vetado todos los intentos por alcanzar una solución de compromiso con los argivos. Soñaba con la victoria y su gloria. Con ser recordado como el campeón de Asia, el rey que humilló el orgullo griego en el lecho y en el campo de batalla. Héctor era un guerrero, y no se le escapaba en ningún momento que los silos llenos de grano, los frigoríficos abarrotados de carne que guardaba Troya, despertaban la lujuria aquea mucho más poderosamente que las suaves caderas de la reina Helena. Pero también sabía que sus propios hombres agradecerían luchar contra invasores rapaces antes que contra maridos injustamente ultrajados. El codicioso Ulises no se batía por la honra de Menelao o los grandes ojos de Helena... Pero todos sus espías coincidían en que Menelao había perdido la razón. Satisfecha su venganza, tal vez podría poner proa a Esparta de nuevo, máxime cuando regresando podría asegurar su posición como rey de

Micenas, la rica en oro. Era el único que podía ganar más deteniendo la guerra que ganándola. Una vez de vuelta en Grecia y con el dominio de Micenas y Esparta, el sometimiento de los lazos de vasallaje con el resto de los reyes no se vería precisamente facilitado si estos volvían cargados de riquezas, y con la aureola de la victoria.

Así fue, cómo en su labrada silla comenzó a concebir Héctor, hijo de Príamo, tan negras esperanzas para su tierra y su dinastía.

VI. El león salvado por el lobo

*Y así, frente al vigor insuflado desde el infierno
no pudieron el severo acero ni las aguzadas piedras
herir con saña la divina naturaleza
¡no lloraría su madre en la lejana Esparta!*

*Con severos golpes atravesó la carne de los troyanos
y alegró su corazón a la vista de su sangre
como la dañina bestia que le dominaba
festejó feliz la matanza.*

Los barcos no dejaban de descargar en las playas los productos del bien ordenado comercio. Las cóncavas naves arribaban repletas a rebosar de alimentos, obtenidos en las islas cercanas a cambio de los despojos troyanos. Grasos bueyes micénicos, llegaban mareados y tambaleantes, para ser abatidos por los mazos de los carniceros. Pero para el paladar de los reyes, acostumbrados desde su nacimiento al viril ejercicio, nada podía compararse al sabor de las bestias recién cazadas.

Politeón, de quién Menelao no terminaba de fiarse, podía presumir con orgullo de tener el mejor conocimiento de aquella zona y de los bosques del este. Por más que no lograra explicar a que era debido que un griego supiese tanto de las tierras de los troyanos, el rey lo eligió como principal guía en su expedición.

–Igual que en nuestra patria guiabas a mis cazadores en defensa de mis rebaños, ahora guiaras a tu propio rey entre la heredad de los troyanos.

Viajaron en los veloces carros, hasta llegar a los montes desde donde surgía el sol que alumbraba la ciudad y las desdichas griegas. Allí, armados con lanzas y jabalinas, emprendieron la búsqueda de las sabrosas presas. Pero estas se mostraban en extremo esquivas, espantadas por las querellas humanas. Esto no desanimó al rey, que fue adentrándose más y más en aquella selva agreste, a pesar de las advertencias juiciosas de sus hombres. Ojeadores y cazadores, tanto mas expertos y tímidos que el le acompañaban sin reprimir sus temores.

–Señor. Estas son tierras enemigas, cuanto mas nos adentramos en ellas, mas lejano queda el socorro de nuestros guerreros, mas cierta es la amenaza de los señores de esta tierra.

–No me engendró el infeliz Atreo para prestar oído a la cobardía de gente tan ruin. Caminad felices, siervos. ¿No veis que si morís, moriréis al lado de un rey? –y rió ruidosamente, divertido por su propia ocurrencia y por la cobardía de sus batidores.

Avanzaron largos pasos, hasta que de repente, descubriéndose mutuamente, el brillo fulgente del acero hirió sus ojos desde los pechos troyanos, conmovidos también por el sol reflejado en las corazas argivas. Los cazadores teucros fueron mas ágiles a la hora de arrojar sus aladas jabalinas, tomando así la vida de dos paladines griegos. De la muerte de un rey habrían hablado con orgullo aquella noche, regalándose con vino y carne. Así habría sido sin duda, si Politeón, corazón leal, no hubiese protegido al rey con su abollado broquel, ofreciéndose el mismo a los dardos asiáticos.

–¡A ellos Esparta, combatiéndolos de cerca estaréis a salvo de sus dardos! –gritó el capitán sustituyendo el imperio del asustado monarca.

Los espartanos cargaron entonces, y el rey pudo ver como su salvador arrancaba la profundamente hendida punta, y empuñaba seguidamente la aguzada espada, sin aparente embarazo. Lo vio combatir con

furia y rapidez inauditas, y también cuando, superado por el número, un campeón troyano descargó sobre su cuello terrible tajo.

¡Pero su cabeza no cayó al suelo! La espada apenas pudo penetrar levemente en la blanca carne, y Politeón ya se había vuelto... ¡Partiendo por la mitad al osado enemigo, en un golpe de inaudita fuerza! Aunque solo el capitán espartano permanecía en pie, protegiendo a su rey, los troyanos se vieron superados por el espanto. ¡La sangre de su hermano, que les había salpicado, abundante como un río, había robado el valor de sus corazones! Como la dorada mies, llegada su hora, es certeramente segada por la guadaña del fornido labrador, así cayeron los cazadores bajo la punzante espada, tan bien forjada en la ruda Laconia. Solo en el campo, vencedor absoluto, con la respiración pesada del guerrero victorioso, el capitán se volvió hasta su rey. Menelao contempló espantado como el cuello del guerrero no mostraba señal alguna de los estragos que el había visto causar al acero troyano. Fuese quien fuese aquel hombre que reclamaba el nombre de su antiguo capitán, ya no podía tener ninguna duda sobre su lealtad... Ni sobre la mano de los dioses que le protegía como jamás había protegido a guerrero alguno. ¡Ni en la edad heroica hablaron los poetas de prodigios semejantes! Zeus Cronida, su divino suegro, le enviaba al fin el modo de sembrar la ruina de Illión la sacra.

VII. El Oráculo de Alejandro.

*Severos son los mandatos de los dioses
Y los hombres, esclavos de sus caprichos
Si mucho es el llanto que obtenemos gozando de su agrado
¿cuántos males y condenas no provendrán de su enfado?*

Alejandro contempló con interés las carnes ajadas y arrugadas de la anciana profetisa. Hacía muchos años, cuando el era solo un niño despertando al primer rubor de la edad viril, y ella una mujer ya madura, superada la plenitud de la vida, habían gozado el uno del otro en una de las oscuras esquinas de palacio. Ahora ambos se comportaban como perfectos desconocidos. Como lo que siempre habían sido, aparte de aquel fugaz instante de placer. La anciana vertió todo tipo de extrañas sustancias sobre el hermoso caldero que reposaba en el trípode de bronce. Una nube espesa y asfixiante surgió así de la mixtura, envolviéndola mientras aspiraba con avidez. Sus ojos se tornaron blancos, y su rostro adquirió una palidez enfermiza. Todo su cuerpo parecía poseído de una terrible rigidez. Comenzó a murmurar en una lengua incomprensible, o tal vez solo a gruñir. Alejandro no podría decirlo. Siguió así, hasta que agotado el humo, fue recuperando la consciencia. No hizo esperar al ansioso príncipe.

–La hueste divina se os muestra adversa mi señor. Negros presagios urden los señores del Olimpo. Adversas son a vuestra causa, las decisiones tomadas en el consejo de los inmortales.

–Eso no puede ser cierto anciana. Todo esto es fruto del favor de una diosa a mi causa. En nada desobedecí al mandato de los olímpicos –repuso él, tratando de convencerse así mismo y a la anciana, creyendo como un niño, que bastaría la mentira y el apoyo de una anciana a sus turbias razones para cambiar el rumbo de la historia.

–También los dioses disputan y hacen pagar a los hombres por sus querellas. ¡Mal elegisteis entre las diosas!. Afrodita no abandonaría jamás a Eneas, su hijo predilecto, pero solo odio podemos esperar ahora de Hera y Atenea, virgen perfecta –sentenció la mujer sin emoción de ninguna clase.

El príncipe apoyó su congoja y desesperanza en una pared.

–¿Tan claros son pues los presagios de mi hermana y mi cuñada?

–Poderosos son los muros de Troya, y la fortuna guerrera ha estado de nuestro lado. Pero ninguna causa prosperará con la oposición de los dioses.

Alejandro se derrumbó en el suelo entre lágrimas, sus sollozos apenas le dejaban respirar, y perdió todo control sobre sí mismo y sus sentimientos.

–Si tanto odio albergan los Olímpicos contra nuestra causa, es absurdo que sigamos manteniendo sus leyes por temor a la venganza... Puesto que Troya ya está condenada por su designio, respetar sus edictos, y malgastar costosas ofrendas en su honor no tiene ya sentido.

Y nunca se le había presentado tan clara la destrucción de Troya a la adivina, como cuando vio a aquel príncipe de la sangre de Príamo llorando en el suelo como un niño. ¿Qué otro hombre, sabiendo cierta la hora de su muerte, y condenado su partido, se privaría de ese modo de la protección divina?

VIII. La ambición del rey

*Unos hombres nacen elegidos por el designio de los dioses
y otros maldecidos por el mandato de estos.*

*A veces quienes nada pueden ya esperar de ellos
encuentran en el camino la respuesta a sus ruegos*

*¿ A quien podríamos enviar al mismo infierno
convencidos de que volvería con la piel de Cerbero,
apoyándose en la barra de Caronte
con las puertas del infierno a la grupa
y un odre del agua que infecta el Leteo?*

Las piras funerarias ardieron todo el día, arderían toda la noche.

El humo negro trató de ascender a los cielos, alimentándose de la grasa de los hombres, pero no era aquella una ofrenda que los cielos aceptasen complacidos. El casco de Menelao representaba las fauces abiertas de un león congelado en el bronce... Pero el rostro del rey podría haber competido en dureza con el del animal forjado en metal.

Aceptando el desafío de Héctor, había salido a combatir a campo abierto contra los troyanos... Solo para celebrar ahora las exequias de tantos valientes fenecidos. Sin contar aquellos que la codicia troyana había arrastrado hasta su propio campo con el fin de despojarlos... Su único consuelo era que Politeón, su salvador, había combatido todo el día en primera fila, contra los campeones troyanos. Sin rendirse a la fatiga, ni al dolor de las heridas, había mantenido la línea como un fiero animal. Mucho después de que guerreros más eximios y destacados, abandonasen derrengados el campo de batalla, el había permanecido firme empuñando la aguzada lanza. Tal vez las profecías de la bruja comenzasen a señalar el cambio en la suerte de su ejército. A pesar de que Héctor, como una guadaña impasible, siguiera segando severo y cruel la vida de tantos y tantos varones elegidos de la Hélade.

Politeón regresó a su propia tienda junto con sus hombres. Uno de ellos contemplaba en la distancia el campamento griego al que ya no habría de regresar. Lo hacía desde el acero de la pica de Clemention, campeón licio, semejante a un dios. A otro había aplastado cabeza y alma una enorme piedra, arrojada por Agatocles, guiado por Febo Apolo. Sus ojos habían caído al polvo, antes que su cuerpo sin vida. Al resto se le habían procurado drogas adormecedoras y se habían espolvoreado sus heridas con plantas medicinales. El oficial médico auscultaba ahora a los heridos con su brillante fonendoscopio, muchos habían escupido sangre por la boca y la nariz, así le avisaban los dioses de la inutilidad de sus atenciones.

No había terminado el señalado de los infiernos de despojarse del metal que lo cubría, cuando un heraldo del rey acudió para reclamar su presencia ante el monarca. Se acercó al mar para limpiar sangre y sudor de su cuerpo, y con una hermosa túnica, arrancada del cadáver del deiforme Nauco vistió su desnudez. Se encaminó entonces a la audiencia con su rey.

Menelao vestía aún su armadura, sin mostrar embarazo por el peso. Esperaba de pie, intranquilo, y comenzó a hablar en cuanto su paladín escogido formuló los saludos de rigor.

—Éste es el corazón del páramo maldito. En los antiguos tiempos, los dioses lo llamaron “desierto radiactivo”, pero la lengua divina cayó en el olvido. Fue un lugar de infinita maldad, donde moraban los demoni...

El rey enmudeció recordando con quien estaba hablando. Por respeto, o tal vez por que no se entendiese incluido en aquella denominación, el guerrero no hizo gesto de darse por aludido. Menelao empleaba uno de los mapas que imitaban aquellos otros, que en su día pintara Febo Apolo desde su alado carro, en el que recorría los cielos.

–Sabemos que ni sus aires ni sus aguas son ya pestíferos ni ponzoñosas, pero que se pueda vivir en esa tierra no la hace distinta al llano que se extiende frente a Troya, donde sus arqueros cazan nuestros batallones como manadas de ciervos.

El rey guardó silencio. Politeón se mantenía frío e inexpresivo. Era evidente que no estaba entendiendo nada...

–Unos seres espantosos, los cíclopes, habitan estas tierras. Son fruto de la maldad de la tierra y de los venenos que los antiguos usaron tantas veces. Poseen un tamaño gigantesco, y un solo ojo en mitad de la frente. Pocos humanos han logrado escapar de su presencia y de ellos tenemos conocimiento de la existencia de estos monstruos. Son seres de increíble fuerza, seres a los que nadie puede enfrentarse...

Volvió su mirada del mapa al hombre que tenía ante él. Sus ojos brillaban con la luz de la locura, reflejando los fuegos perfumados de incienso que alumbraban la tienda.

–¡Pero tú eres más que un hombre! ¡Yo vi como aquel troyano cortaba tu carne con su espada! ¡Y apenas sirvió para hacerte retroceder un paso! ¡Tú eres el único que puede entrar en esas tierras seguro de salir vivo!

El capitán esperó tranquilamente a que su rey se calmase. Era de tanta importancia lo que estaba revelándole, que no acertaba a escoger las palabras.

–Tu, tú Politeón. Los dioses han sido generosos trayéndote de vuelta, y yo no me mostraré avaro. Una princesa troyana que caliente tus pies cansados, una hermosa heredad en nuestra patria, botín inmenso de los palacios de Troya. Todo esto y más aún Politeón. ¡El favor de un rey! Tu padre cuidaba pjaras de cerdos en los montes... ¡Pero sus nietos se sentarán a la mesa de los reyes!

Fuese lo que fuese lo que el rey anhelaba no solo debía estar excepcionalmente vigilado, si no que también debía poseer un valor inconmensurable. El rey reconoció el brillo de inteligencia en sus ojos fríos y azules.

–¡No! ¡No! No te envío a por oro ni a por plata.

Hizo un gesto que abarcó toda la estancia.

–Oro y plata ya me sobran. Yo te cubriré con ellos hijo mío. No te envío en busca de riquezas, si no de una sabiduría que va más allá de lo que podemos soñar. Has de saber que tenemos un conocimiento profundo de esos seres.

La mirada dirigida de soslayo a la joven bruja no dejaba lugar a dudas acerca de la fuente en cuestión.

–¡Poseen la ciencia de los antiguos! ¡La ciencia mágica prohibida por los dioses a los hombres!

Sin poder evitarlo, un estremecimiento agitó el cuerpo del guerrero. También él, de niño, había oído las leyendas sobre las terribles maldiciones que los antiguos atrajeron sobre la raza de los hombres debido al orgullo de su ciencia blasfema. Aquellos saberes que los dioses decretaron como malditos, merecedores de los más terribles castigos. El rey colocó sus gigantescas manos sobre sus hombros. Se comportaba como un padre, que trata de calmar a su vástago más querido, antes de la hora de la primera batalla.

–No temas nada hijo. ¿No es tu rey quien te envía? Solo obedeces a tu señor natural, como los dioses ordenan. ¿No es el padre de los nietos de Zeus el que te manda? Además, tú estás marcado por el mandato de Hades...

Volvió a mirar a la bruja.

–Y se que los dioses inmortales te han enviado, y son ellos los que disponen que me traigas la llave con la que abrir las puertas de Troya.

El monarca calló al fin, y se retiró a otra parte de la tienda, separada por pesadas cortinas de púrpura. La joven adivina abandonó el cuidado del brasero y se acercó a Politeón. Se desnudó ante él en un gesto evidente de entrega, y mientras el guerrero la cubría con sus besos, le reveló el secreto mandato del rey.

–Los cíclopes poseen la ciencia de forjar armas con cuyo poder no podemos ni soñar. Controlan el trueno de Zeus y el terremoto de Neptuno. ¡Incluso el fuego del infierno!. Pero también devoran la carne de los hombres... Son bestias antropófagas de terrible maldad. Solo tú estás a la altura de su fuerza.

La bruja apartó la cara del guerrero de sus pechos y le obligó a elevarse cuanto alto era.

–¡Dioses del Olimpo! ¡Eres el más alto de todo el campamento argivo! Solo Ajax Telamonio te supera... Tú les vencerás si se niegan a compartir sus secretos a cambio de oro y regalos. Y no temas. Yo te

acompañaré. Así no habrás de temer que te envíe a una misión en cuyo éxito no creo.

Y ambos se amaron sobre la alfombra del rey. La bruja se lamentó en silencio de su destino. Sólo ella podría reconocer entre las posesiones y la ciencia de los cíclopes el arma definitiva que tanto anhelaba el rey Menelao. Pero con gusto hubiese cedido su puesto en la aventura a cualquier otro, hombre o inmortal.

IX. La traición

*Ante la negra muerte que a todos alcanza
y que acumula en sus alforjas
hermosas coronas y rudos bastones
¿Qué traición parecerá odiosa?
No cultivan la vid en el leteo
Ni alimenta la estigia bien cuidados huertos
No recoge Caronte redes surtidas de pescado
Ni cuida Cerbero abundantes rebaños.*

Esparta cría a sus hijos fuertes, sencillos y austeros, resistentes al hambre y a la fatiga. Pero la carne de los hombres, nacidos o no en la severa Laconia, cede con facilidad ante el filo inflexible de los crueles puñales.

Los dos verdugos troyanos, tras agotarse azotando con flexibles varas la piel del infeliz guerrero, se disponían a degollarlo, como a los corderos lechales. Pero, teniendo a la vista la oscura muerte, que a todas las glorias pone punto final, el valor espartano cedió ante la alada esperanza...

El mismísimo Héctor descendió a las húmedas profundidades de las mazmorras para escuchar las asechanzas que el espartano había revelado. Tan gigantesco que apenas podía introducirse por las puertas, tan glorioso y semejante a un dios como fuera Aquiles, el noble hijo de Príamo se encaró al espartano. Este, se solazaba con pan y vino, mientras uno de los carceleros curaba sus llagas. Reconociendo en la apostura del extraño la estirpe real que su talla proclamaba, Clíon se irguió y saludó.

–Salve, dignísimo príncipe.

Héctor rechazó el homenaje con un gesto soberbio.

–¿Cómo podemos saber que es cierto lo que proclamas? ¿No será una excusa para salvar tu vida al ver el filo que habría de degollarte?

El Espartano, olvidando la dignidad de su nación, se postró a las plantas del campeón teucro. ¡Sacrilego homenaje, tan solo debido a los dioses!

–Mantengo trato carnal con una de las doncellas del rey Menelao. Campesina como yo, también fue su destino servir al gran señor. Ella me lo contó asustada del gran sacrilegio que, en su locura, el rey iba a cometer.

–¿Entrar en las tierras yermas, enfrentarse a los cíclopes?

–El rey Menelao no lo duda. La ciencia prohibida, aún en manos de los malditos, le abrirá las puertas de Troya. ¡Tal es su confianza en su bruja y su eximio campeón!

Héctor reflexionó. También él conocía las leyendas. Los hombres, en su delirio y su maldad, crearon una ciencia que los dioses desaprobaron. Desoyeron las advertencias, y sufrieron el castigo. Los olímpicos sembraron entre ellos ambición y discordia, que solo por las armas podrían verse aplacadas. Ciudades arrasadas en un solo instante, naciones enteras consumidas en pocos días, generaciones perdidas. Una guerra de mil días, al final de la cual, la humanidad quedó reducida a unas pocas bandas de seres desesperados y hambrientos. Hombres, que juraron renunciar a aquella ciencia insana y demencial. Héctor conocía, como príncipe excelente, todas las señales. Sus pequeñas comodidades, sus reproductores de sonido, sus sistemas de calefacción, sus frigoríficos... Y las ruinas de ciudades mil veces más extensas que Troya... No le cabía ninguna duda de lo que Menelao estaría dispuesto a hacer en caso de obtener armas semejantes. Los cíclopes eran un problema menor en el que ya habría tiempo para pensar. Troya estaba en negro y desesperado peligro, a punto de ser víctima de una fuerza como ningún hombre habría soñado jamás.

–¡Matad al invasor! –tronó con autoridad.

–¡Señor, señor! –imploró el guerrero ya en el suelo.

–De nada te hubiese servido ese conocimiento, cuando te hallases penando en las orillas de la Estigia, juguete para el capricho de Cerbero. Al menos has logrado una comida y un trago de vino. Cosas que ninguno de nosotros encontraremos en el reino de los muertos.

Y, envuelto en tan sombríos presagios, salió de allí mientras su sentencia era cumplida con rigor. Ni siquiera recapacitó sobre los terribles peligros, o sobre las maldiciones que habría de afrontar. ¿Qué podía hacer si no acudir a la llamada del destino? ¿Esperaría si no que Menelao arrasase Troya con la ciencia de los primeros nacidos?

X. Los Cíclopes

*Viven estos seres, en bien dispuestas cuevas
no consuelan su soledad con el dulce vino
ni amasan pan en sus hornos
no gozan del regalo de esposas y siervas*

*Atesoran como cuervos una antigua ciencia
de la que jamás han sabido valerse
por que si Zeus les dotó de la fuerza
les privó de la inteligencia.*

Los bien labrados remos de la oscura nave los impulsaron veloces sobre el ponto vinoso. Músculos sudorosos y fatigados superaban en su empuje al del divino Eolo que hinchaba las velas con las turgencias de las jóvenes esposas. Los hombres se notaban molestos y huraños, poseídos por mil supersticiones, pero en el fondo habían recibido con agrado la orden que les apartaría por un tiempo de la cruel y homicida pugna. Además, sólo el capitán y la bruja se adentrarían en el territorio prohibido. Ellos esperarían a bordo de la nave, muy próximos a la orilla, pero a salvo de todo peligro. Nadie tenía ninguna duda, de que a la menor sospecha de peligro, pondrían proa de regreso a alta mar, olvidándose para siempre de Politeón y de la adivina del rey. Ningún castigo les obligaría a mantenerse allí cuando tuviesen a la vista el rostro espantoso de un cíclope.

Politeón y la joven descendieron del esqui de la nave, ya varado en la arenosa playa. Desde esta, emprendieron el camino hacía las profundidades de aquella tierra maldita, donde ejerce su imperio, el pueblo inhumano de los cíclopes. Al fin y al cabo, una vez allí, toda dirección sería buena para encontrar a uno de esos monstruos. A pesar del estigma que pesaba sobre aquellas soledades, nada en la tierra parecía anormal. Posiblemente, el paso de tantos años, habría hecho a los dioses olvidarse de sus maldiciones. No cruzaron palabra en todo el trayecto, y al final de la mañana, cerca de unas colinas, divisaron un espeso y gentil rebaño de pacientes ovejas. Recostado contra un frondoso árbol, que se doblaba por su peso descomunal, dormitaba el ser que habían venido a buscar. Pronto tuvieron ocasión de admirarlo en su plenitud. Advertido sin duda por su olfato, se irguió presuroso y se dirigió corriendo hacia ellos. Sus zancadas hacían temblar la tierra hasta donde ellos se encontraban. La bestia, a pesar de su altura sobre-humana (que superaba notablemente al mismo Ajax Telamonio, cómo es bien sabido, el más alto de los hombres), no estaba bien proporcionada. Era de cabeza aplastada y abultada, como una horrenda sandía, fruto dulce y agradable al sediento. Sus músculos eran espesos y redondos, áspera y oscura su piel, cubierta de vello. Su gran anchura lo hacía aún más imponente, y en medio de su amplia frente, un ojo inmenso, mucho más grande de lo que le correspondería en proporción, que no pestañeaba jamás. Su cara de furia se tornó en gesto burlón al ver a la joven tendida ante él. Se detuvo risueño, a pesar de que Politeón (aún a sabiendas de que eso podía costarle la vida, si es que él podía morir cómo el resto de los hombres), permanecía de pie, apoyado en su lanza. Permanecer erguido, en presencia de todos, excepto de los celestes dioses, era su privilegio de Espartano. La muchacha extrajo de su zurrón un saco con oro acuñado en honor del padre Atreo y del divino Zeus. Extendió una mano llena de riquezas hacía el monstruo.

–Oh, poderoso señor. Este es el oro de Menelao, altísimo rey de Esparta, príncipe primero de los

griegos. El te lo ofrenda. Y cuantos regalos puedas de el esperar, te los concede a cambio del favor de tu sabiduría.

El ser, casi juguetero, tiró las monedas al suelo de un manotazo. Rió estruendosamente.

–¡Oro! Tu rey puede comérselo. Pero le agradezco su regalo –y la tomó de la mano, levantándola del suelo.

Con la boca abierta, babeando de deseo, empezó a recorrerla lúbricamente con sus ansiosas manos. La suave carne de la cautiva, a pesar de su firmeza, cedía dolorosamente bajo las odiosas atenciones del lujurioso engendro.

–¡Este si es un regalo digno de mí! Ahora mismo me encontraba dormitando, soñando con la compañía de una hermosa moza como tu, que aliviase mi soledad. ¡Y ese rey de enanos del que hablas, me proporciona una!

La muchacha, tratando sin éxito de deshacerse de su abrazo, imploró piedad con torpes excusas, espantada ante la posibilidad de ser violada hasta morir por aquel ser descomunal.

–Doncellas más hermosas que yo puede ofrendarte el rey Menelao. ¡Después lamentarías haber gastado tus fuerzas conmigo, gran señor! Yo debo regresar a su lado para gestionar el envío de muchachas vírgenes y perfectas.

La bestia rió sin soltarla.

–No lo dudo, pequeña ovejita, pero eso tardará aún largos días y yo ardo en deseos de yacer contigo ahora mismo. Además tú misma eres seguramente la más hermosa flor del jardín del rey, no me cabe duda.

–Pero señor... –trató de replicar ella, inventando mil razones y excusas que la liberaran de tan atroz destino...

–¡Cállate! –repuso el cíclope con furia, cansado de la conversación. Y fijándose por primera vez en el guerrero, se dirigió a él.

–El deseo por esta parlanchina moza me ciega demasiado...

Y realizó un gesto obscuro y explícito.

–... como para perder el tiempo matándote. ¡Agradécele a ella, sea tu mujer o tu hermana, el favor del que gozas! Y dile a tu rey de bufones, que puede enviarme tantas mujeres como guste. ¡Las gastamos muy rápido mis hermanos y yo!

El espartano se mantuvo firme pensando en el modo de obtener aún lo que habían venido a buscar. Antes que la compasión, prevalecía el deber al que rendía culto según las costumbres de su lejana patria.

–¿Comprará mi rey vuestro consejo con jóvenes esclavas? –preguntó con toda tranquilidad, tratando de razonar con el señor de aquellas soledades.

–¡Tú has comprado tu vida con esta, y ya es bastante! No tengo tiempo que perder educando a un bastardo con una corona de latón. ¡Vete enano, que se me despierta el hambre, y eso no te gustaría!. Necesito intimidad con mi nueva amiga.

Y con completo desprecio por el, devolvió toda su atención a la muchacha. Más no debió olvidar al guerrero, dándole la espalda. Fiabase de su fuerza y de la debilidad de los hombres que ya había devorado. El espartano desechó sus armas, temeroso de usarlas con demasiada fuerza y matar a ambos, o de contenerse en exceso y de dar a la bestia la ocasión por el contraataque. Retrocedió para potenciar su impulso, y corrió con todas sus fuerzas para golpear la espalda de la bestia con animal potencia. Esta, arrodillada para gozar a su aterrada presa, recibió toda la demoledora presión del choque en su cuerpo. A través de los poderosos músculos y de la espesa grasa, Politeón sintió quebrarse los huesos del monstruo. Tullido, con la boca contra el suelo, gritó desesperadamente en demanda de la ayuda de sus hermanos, a los que sabía cercanos.

–¡Cíclopes, Cíclopes, hermanos, a mí, que me matan!

Pero solo hasta que una sencilla sandalia espartana, tachonada de clavos, aplastó su nuca contra el suelo. Politeón ni siquiera se detuvo a pensar ni a sacudirse del pié los grumosos sesos de la bestia. Tres cíclopes con báculos y bastones corrían desde tres direcciones distintas hacia el.

–¡Asesino, asesino! ¡Has matado a nuestro hermano! ¡Que los dioses te confundan!

Por desgracia ,solo llevaba una lanza, con la que, aún a la carrera, logró atravesar el oscuro corazón del primer pastor. Corrió con todas sus fuerzas, y saltó sobre el segundo cíclope. Tomando impulso en el pecho de la bestia, hundió su aguzada espada en su cerebro, hasta empapar su puño con los líquidos del

destrozado ojo. Pero el tercero de los atacantes ya le había dado alcance, y cuando aún su hermano no había caído al suelo, le golpeó con su estaca, con toda la terrible fuerza de que era capaz. El guerrero salió despedido, enviado a prodigiosa distancia, con huesos rotos y órganos aplastados. Corrió el cíclope, pero para su desgracia, en la dirección contraria a su fortuna.

–Maldito hombrecito. No se que demonio te posee que has conseguido acabar con mis tres hermanos, pero no ha bastado para salvar tu asquerosa vida. Ahora yo me hartaré con tu carne, y después vomitaré tu repugnante sangre.

Pero en lugar del despojo que ansiaba devorar, se encontró a una bestia, todo garras y colmillos, que fue la que se hartó con su sangre. Tanta era la furia y la fuerza del lobo, que había encontrado un resquicio por el que gozar de un instante de libertad, que en pocos segundos el último de los enormes pastores, había sido terriblemente descuartizado.

Politeón se acercó a ella aún sin haber recuperado completamente su forma humana. Pero a pesar de eso, eufórica por haberse salvado de la terrible violación y de una casi segura muerte, no rechazó el evidente deseo del guerrero de poseerla allí mismo. La furia y la matanza le habían excitado terriblemente. Mientras el se desahogaba sobre su piel pálida y firme, la bruja recordó sus visiones. Había visto hasta siete cíclopes guardando el secreto en la cueva, siete paladines del pueblo maldito. Siete ojos codiciosos. Pero ¿dónde estaban los otros tres?

XI. El tesoro de la cueva

*El oro, con ser valioso y digno
no alcanza jamás el valor del noble acero,
por que las anheladas riquezas
serán siempre esclavas de su rígido imperio*

*Y así, valorará más el rudo guerrero
el acero templado de la lanza,
frente al oro de los hermosos collares,
cuyo peso acabaría por ahogarle.*

El cíclope contemplaba a Héctor, al hombre que le había vencido. Derrotado, elevaba su mirada desde el suelo embarrado, humedecido por su propia sangre. Tal vez le miraba con orgullo y desafío, devorado por la vergüenza de saberse derrotado por un pobre humano. O tal vez con miedo, implorando clemencia, deseoso de evitar el oscuro tránsito hacía el Hades. De cualquier manera, era un empeño inútil. El príncipe troyano era incapaz de descifrar los sentimientos de un cíclope contemplando su rostro. ¡Tanto daba! Dudaba tener que ver otro ser parecido en el resto de sus días. Elevó su hacha hacía lo alto y descargó un último y potente golpe. Seccionó así el cuello de la bestia, tan semejante al tronco de un vigoroso árbol. Hicieron falta dos hombres, de aquellos cuya fuerza ya no es frecuente, para mover aquella cabeza. Héctor se sintió orgulloso, todo un héroe digno de figurar en las leyendas de los hombres. Cuando en la ciudad vieran la prueba de su proeza, su fama habría alcanzado la eternidad. La idea de portar grandes hachas para talar a los monstruosos cíclopes, y blandir largas picas para mantenerlos a raya, había funcionado. Doce hombres habían muerto sin embargo, y había perdido a una familia entera de salvajes y excelentes perros de caza. Pero habían dominado a las tres bestias que se negaron a escuchar su parlamento. ¡Tanto daba ya! Se apresuraron en la búsqueda de los griegos, enojados por el retraso. Encontraron otros cuatro cadáveres de cíclope en un llano cercano. Pero no cadáveres humanos, ni muestras de lucha. Seguramente los griegos lo habrían recogido todo. Exploraron en todas direcciones, y solo cuando desesperaron de hallar a los vencedores de las bestias, volvieron sus ojos al botín sobrante. En una cueva amplia y bien acondicionada, encontraron las pertenencias de los cíclopes. Había metales preciosos en abundancia. También valiosas pieles de la antigua edad. Había cientos de libros escritos en el relamido básico de los rapsodas. Por todas partes encontraban rastros de maquinas y aparatos cuyo uso no podían ni sospechar. Héctor hizo que lo cargasen todo sobre sus sufridas espaldas y lo transportasen a las gráciles galeras que esperaban en las

playas.

Su ánimo estaba triste y oscuro.

En Troya, todos, hombres y mujeres, los recibieron como héroes victoriosos. El griterío fue atronador. Las doncellas besaban a los guerreros y arrojaban pétalos a su paso. Nadie recordaba ya a los muertos ni al asedio. Su padre le abrazó llorando, emocionado, al ver la cabeza del cíclope. Algunos rapsodas improvisaron cantos épicos en su honor. Los sacerdotes sacrificaron reses, los nobles distribuyeron gratis barriles de denso vino. Todos se sorprendieron ante las maravillas de la cueva. Toda Troya era una fiesta. Pero Héctor se retiró en cuanto pudo liberarse de los halagos de la nobleza. Apenas Andrómaca notó su ausencia le siguió a sus habitaciones, el laureado príncipe de Troya se desplomó entre lágrimas en brazos de su esposa.

—¿Por qué lloras, Héctor invencible? Has derrotados a seres míticos, llenando Troya de tesoros no soñados. ¡Ya eres un Dios!

—¿Por qué? —respondió el amado de Ares, apartando la negra desesperación para dar luz a su parlamento.

—Pues por que si nosotros acabamos con tres cíclopes, ellos dieron muerte a cuatro. Y sin lucha... Apenas había señales en los cuerpos de las bestias. Tres estaban intactos. Solo las heridas que los mataron ensuciaban sus cuerpos. El cuarto ya era presa de bestias carroñeras. Se habían hartado en él. Sería su carne más dulce y agradable que la de sus hermanos...

—Acabarían con ellos a traición. Algo digno de esos perros.

—Puede ser. Pero los tesoros... ¡Por Zeus Olímpico Andrómaca! El valor de lo que hemos traído vale diez veces la fortuna del rey Príamo. No hay riquezas en Troya para igualar a lo que esos libros suponen...

—¿Entonces, por qué esta congoja?

—¡Porque solo traemos sus sobras, Andrómaca! ¿Qué tesoros, qué poderosos secretos se llevaron consigo, tan valiosos que les hicieron olvidar el resto? No sabían de nuestra llegada, tenían todo el tiempo del mundo... y abandonaron estas riquezas.

—Tesoros se habrán llevado tan solo.

—No, esposa mía, no. Fueron a la tierra de los cíclopes buscando armas. Y eso es lo que tanto temo. ¿Qué arma tan poderosa puede hacer que un hombre olvide su codicia?

XII. El caballo del Rey Menelao

No fueron aquellas armas como otras.

Ni lanzas bien forjadas

Ni espadas de aguzadísimo filo

Ni siquiera hermosas flechas.

Fueron truenos del cielo

Terremotos del centro de la tierra

Armas creadas para controlar el destino.

¡Para igualar a los hombres con los dioses!

La bruja leyó fascinada el puñado de libros robados. Empeñó en ello toda una semana. Apenas logró dormir o comer mientras duró su empeño. ¡Tales eran las maravillas que descubría! Contenían algo más poderoso que la magia, y que el resinoso incienso debido a los dioses. La ciencia blasfema de los antiguos. Un saber que desafiaba el poder de los olímpicos.

Los caudillos argivos se mostraban, día por día, más nerviosos y querellantes. Los asaltos troyanos eran más y más sanguinarios, y sospechaban que las ofensas a los dioses, urdidas por Menelao, habían atraído la desgracia sobre ellos. Y esto sin ninguna ventaja visible. Si de la locura del espartano hubiese surgido la gloria y la riqueza, el riesgo habría quedado justificado. Pero de todas aquellas obscenidades, nada si no riesgos y fatigas habían obtenido. Héctor, infatigable, asaltaba con esfuerzo sus posiciones. El tiempo se iba agotando para todos. Después de una década entera, el hilo del destino pasaba veloz como la alada

discordia.

Al final llegó el día prometido del consejo. Ulises, siempre propicio a encabezar el bando de los descontentos, tomó la palabra ante los reyes, sus semejantes. Así habló, semejante al zorro en tramar trampas y engaños. ¡Indigno el que trata de conquistar con palabras torcidas y oscuras razones lo que a otros entrega su valor y su linaje!

–¡Guerreros! ¡Reyes iguales a mi mismo! Diez largos años hace que penamos en esta costa baldía. Crecen nuestros hijos sin el estimado consejo del padre y pasan nuestras esposas las noches sin el consuelo viril que les es debido. ¿Y qué hemos logrado? Bien hemos aceptado las miserias de la guerra, pero ahora se nos impone aceptar la blasfemia. ¿Poniendo a los dioses inmortales en nuestra contra, es como espera el rey Menelao ganar esta guerra? Yo os digo que en esta costa hemos de perecer todos, inocentes víctimas de su negra ambición. ¡Nos ha convertido a todos en malditos!

El rey, sin asomo de emociones, se acercó al divino Odiseo. Y de un terrible golpe en su boca, amasadora de calumnias y traiciones, lo arrojó al suelo. El resto de caudillos se conmovieron ante el sacrilegio cometido en el sagrado consejo. Pero antes de poder replicar, Menelao había llamado su atención, alzando sus poderosos brazos cubiertos de acero. No dudó en ofrecer su vigorosa espalda al humillado rey de la infecunda Itaca. Demasiado cobarde, demasiado inteligente como para alzar su mano contra él.

–¡Ya basta de conspirar y urdir la ruina de mi casa! ¡No puede soportar el rey de la ancha Esparta, y de Mecenas rica en oro, que el señor de un rebaño de cabras, en una isla infecta se oponga a su imperio! ¡Cesad vuestros lloros, que mas a mujeres acomodan ,que a guerreros preclaros como vosotros! Ya es llegada la hora del triunfo, puesto que los secretos de los cíclopes me pertenecen. ¡Ahora domino el poderoso trueno, que solo Zeus mi suegro llama suyo, y el terremoto de Neptuno, tío de la esposa que anhelo recobrar!

Y abandonando la amplia tienda, toda la hueste siguió su camino. En la playa, cerca de las varadas naves, muchas de las cuales no tenían ya guerreros que devolver a Grecia, esperaba la bruja del rey. ¡ Señal de pésimo augurio!. Tras ellos, un puñado de herreros se afanaban sobre lo que no parecía otra cosa que un tubo de metal, tallado con la forma caprichosa de un caballo. Los soldados lo movieron. La bruja le acercó un hierro candente... ¡Y los cielos se abrieron! ¡Y tembló la tierra! Con un terrible grito, una bola de fuego aplastó una de las naves que dormían en la orilla. Los restos llovieron sobre los aterrados reyes. ¡Aquel era el poder de la ciencia prohibida, con razón se la habían ocultado los inmortales a los hombres! Menelao rió ruidoso. Con carcajadas atronadoras que resaltaban la mortal palidez del resto de caudillos.

–¡Ni Hefestos habría forjado un arma tan poderosa! ¡Este es mi mejor caballo, oh reyes! ¡Pero nadie le atará al recto timón para que arrastre mi carro! ¡No! Su misión será aplastar con sus poderosas coces las murallas de esa ciudad, ya maldita por mi mandato. Tres de sus hermanos están a punto de nacer. ¡Esperad a ver su poder!

Y los conmovidos corazones argivos se regocijaron. La ruina de Troya ya estaba asegurada.

XIII. Eneas, sangre de emperadores

*Bastarían las glorias por venir
para presentar sin defecto el divino nombre.
Eneas, hijo de Afrodita
báculo del pueblo troyano.*

*Fundaría su stirpe el pueblo romano
La casta de los césares invencibles
Las glorias infinitas de occidente
Las maravillas del linaje latino.*

Nadie sabía nada de las espantosas armas con que los argivos socavaban los muros de Troya. Sufrían aquel tormento desde hacía ya una semana, sin hallar remedio. Escondidas en reductos de madera, que sólo se abrían durante breves instantes, arrojaban horrores sin nombre sobre las murallas. Un ruido terrible surgía como aviso de que otro pedazo de muro se derrumbaría sobre el suelo. Los troyanos trataron de apropiarse de

aquellas armas escondidas bajo los cobertizos. Surgieron de su ciudad, brillando cubiertos de bronce, dispuestos a vencer a otros hombres. Pero extrañas nubes de muerte caían sobre ellos. Los mataron por docenas, empujándolos materialmente de vuelta a la escasa seguridad de sus anchos muros. Los cadáveres aparecían llenos de pequeñas lágrimas de metal. Por suerte, los dioses habían sido sabios al construir bajo tierra los palacios y almacenes. Pero cuando las gruesas murallas se desplomasen, los argivos podrían entrar también allí a buscarlos. La desesperación flotaba en toda la ciudad, ante la conciencia del terrible destino. Esperar a ver los muros destruidos, y morir luego despedazados. Fue entonces cuando Eneas, fecunda simiente de Afrodita, fue llamado por Héctor. Le ofreció para acomodarse un hermoso trono, mullido por las pieles de fieras salvajes, que con tanto valor cazase el dignísimo príncipe. Llenó para él una copa de vino. Símbolo de altísimo aprecio.

–Escúchame amigo. Déjame hablar y no me impidas exponerte mis razones. Bien sé que el amor que me profesas entorpecería mi parlamento.

–Así será, mi amigo, mi noble señor.

–Desesperamos ya. Y no queda lugar si no para soluciones desesperadas. Partiré con mi hermano Alejandro y otros valientes guerreros hacia el campamento argivo. Tal vez lo que muchos no logran, puedan hacerlo unos pocos. Con victoria o sin ella, no volveremos del campo enemigo. El cadáver de mi hermano tal vez aplaque a Menelao, y no quiero sobrevivir a tan horrible crimen.

Eneas hizo un gesto desesperado, violando el mandato de Héctor, pero este lo detuvo alzando su brazo.

–Hay un puñado de cautivos griegos en las mazmorras, por ellos y la claridad de su estirpe, espera mi padre altísimo rescate. Los liberarás y les entregarás a Helena cautiva, para que la lleven de vuelta ante el poderoso Menelao. Todo en el mayor secreto. Mi padre jamás permitiría acción semejante. Espero que sea suficiente, espero arruinar esas armas malditas, hacer regresar a Menelao.

A ninguno de los dos resultaba fácil respirar por la emoción.

–Pero si eso no ocurre, si esos prodigios siguen lacerando la muralla, si el rey de Esparta porfía en labrar nuestra ruina... Tu deberás salvar a los troyanos, alejándolos de la desgracia.

Y ambos se miraron emocionados, dispuestos a cumplir su parte en el terrible plan. ¡Pero no lloraron a pesar del gran sentimiento! Al fin y al cabo, eran príncipes troyanos.

XIV. La gloria de Héctor

*Héctor invencible, sangre del divino Príamo
Héctor domador de caballos
Tan caro a Ares como a Zeus
Matador de hombres, tremolante penacho.*

*Héctor, flor de Asia, héroe inmortal
Revestido con el laurel de la victoria
Y la palma inmaculada del martirio.
¡Veinte reyes griegos muertos tu gloria han de cantar!*

El estrépito fue horrible. ¡Hasta los dioses habían sido despertados en sus palacios celestiales! Al primer trueno le siguió otro. ¡Y un tercero poco después! Parecía que los pilares del cielo se vinieran abajo, derrengados los titanes que los sostenían. Ulises se despertó aterrado, y tomó presto la espada de la que nunca se alejaba. A punto estuvo de atravesar a su escudero, que entraba en la tienda dando terribles gritos.

–Ulises, rey de Itaca. ¡Que gran desgracia! El príncipe de Troya, guiando a una partida de desesperados, se infiltró en nuestro campo degollando a los centinelas. Antes de que nadie se diese cuenta, había incendiado dos de los caballos de metal del rey Menelao. Pero estos, en su terrible agonía, nos avisaron con ese inmenso grito, del ataque enemigo. ¡Aún pudo alcanzar el troyano la tercera de las empalizadas! ¡Tal eran su furia y su empuje! No bastaron todas las huestes del rey de Salamina, encargadas de custodiar el tercero de los potros, a detenerle. Hasta él, Ajax, invencible gigante, fue retirado herido del homicida

combate. Y ahora lucha como una fiera para alcanzar el cuarto, y privarnos de todo el tiro del carro.

Ulises se demoró colocándose la hermosa armadura, y el casco de dientes de jabalí. ¡Que otros buscasen la espada de Héctor! Pero al final la curiosidad le venció. Bajo la oscuridad de la noche, el mismísimo príncipe de Troya, cubierto por la sangre de sus enemigos, combatía solo. Toda su tropa había ido cayendo. Incluso su hermano, el hermoso Alejandro, fue muerto por una jabalina cuando trataba de salvar la vida huyendo. El héroe de Asia se enfrentaba a la muerte y a la gloria. Tan solo como había nacido. Una multitud inmensa, que crecía segundo a segundo, le rodeaba ya. ¡Era imposible que se abriese paso, ni hacia la salvación ni hacia la ruina de los griegos! Héctor combatía con una fuerza inaudita, y así iba esquivando a la parca. ¡Glorioso espectáculo! Pero al final, agotado, era superado por el número. Bajo la mirada de los reyes de la Hélade reunidos, una lanza más afortunada, guiada sin duda por algún dios contrario a su causa, encontró el camino libre hasta su hermoso cuello. Antes de que ningún rey pudiera dar una orden, otras cien lanzas se hundieron en su cuerpo. Así fue desfigurado por completo, salvándose así de la humillación de ver sus despojos profanados. Menelao, loco de furia, apartó a los guerreros golpeando con su firme cetro. No dudó ni un segundo en vestir los reales despojos con su propia capa de púrpura. Ulises no perdió ni un segundo en tratar de ganar su favor.

—¡Bravo, gran señor! Colgaremos sus restos ante vuestro potro. ¡Ni un troyano dejará de sentir encogido su corazón al contemplar los despojos de su campeón! La guerra ya está doblemente ganada.—

Pero Menelao le miró con un odio insoportable. Gritando con los ojos “¡Apártate perro! Aún muerto vale Héctor lo que cien como tú.”

Llevó en sus brazos, casi amorosamente, los sangrientos restos. Ordenó a sus esclavas lavarlos con finos aceites, y vestirlos con hermosas púrpuras. Aquellos despojos irreconocibles fueron adornados con preciosos ropajes. Con las galas más queridas del rey más poderoso de Grecia. Se elevó su pira funeraria con maderas fragantes y costosas. Se permitió al anciano Príamo asistir a las exequias. Se lavaron sus huesos con espeso vino. Menelao hizo elevar un túmulo gigantesco en su honor, y sus huesos y sus armas fueron depositados en él. Entonces, todos los guerreros griegos elevaron sus lanzas en honor del enemigo más grande y noble que tendría jamás nación alguna. Entonaron animosos el peán.

Llorando, el valeroso Diomedes gritó a los cielos el sentir de la hueste argiva.

—¡Dioses inmortales, os entregamos el alma de un guerrero más grande que cualquiera de nosotros!- Héctor, domador de caballos, fue honrado de este modo.

XV. Helena

*Extraño es el poder de nuestros indignos deseos
como una vez conseguidos
solo traen dolor a nuestro corazón.*

*Nada puede ser tan dulce en nuestras manos
como lo era en nuestros alados corazones
embellecido entonces, por la luminosa esperanza.*

Menelao casi no pudo creerlo cuando los guardias tebanos llegaron para transmitirle la buena nueva. ¡La reina Helena en el campamento! Helena... su único amor, su esposa, el precio de aquella guerra, de aquella interminable década. No esperó a que la trajesen a su presencia, corrió en su búsqueda, olvidando la dignidad de su alta condición. La conducían tres lanceros micénicos, custodiándola o prestándole debida escolta. Eso no tenía importancia.

El rey se detuvo helado en cuanto pudo distinguirla plenamente. La reconoció, por supuesto, pero solo tras un sincero esfuerzo. El tiempo no había pasado en vano por ella. Era una mujer completamente distinta, adornada con las galas de una princesa de Asia, no con los atavíos reales de Esparta. Mostraba impúdica su blando pecho... pero no sintió deseo. El dolor le estranguló el corazón. Aquella no era su esposa, era una mujer distinta que había compartido diez años el lecho de otro hombre. Vieja, devorada por el tiempo, no podía desearla. Pero tampoco odiarla, como había temido. Simplemente se encontró con una

desconocida a la que solo deseaba apartar de su vista, hastiado y decepcionado. Hizo que la condujesen a sus aposentos. Trató de colmar su sorpresa con espeso vino, y ordenó a las esclavas que agasajasen a la reina, como conviene a las buenas costumbres. Solo entonces le dirigió la palabra.

—Los príncipes crecen vigorosos como robles. Si los dioses siguen mostrándome su benevolencia, un día mi dinastía nutrirá los tronos de la tierra. Fue una lastima no haber tenido más hijos, reyes para poblar el mundo...

Y se arrepintió instantáneamente de haberlo dicho, por más que lo sintiese así, sin saber por qué.

—Me alegro por ellos. Les he tenido presentes todos estos años, y he sufrido por la ignorancia a la que me condenaba esta guerra. Sentí también la muerte de mi dignísimo cuñado. He llorado largas noches por el destino de tantos y tantos nobles varones muertos por mi causa.

El rey no sintió ni siquiera deseos de echarle en cara tantas desgracias como de ella habían procedido. Bebió otro largo trago. Sin pensar, sin darse cuenta, colocó su mano sobre el hombro de su esposa. Era un gesto inocente, habitual en él, que nada pretendía... Helena no pudo evitar un gesto de enojo, de repulsión, con un fuerte estremecimiento. Menelao apartó su mano asqueado. Hubiese podido llamar a sus criadas para que la azotasen en su presencia. Herirían su espalda con flexibles juncos, igual que suele hacerse con las esclavas que se resisten a abandonar su virginidad en el lecho de sus amos. La oiría llorar para su placer... Pero no lo hizo. Vio el miedo en sus ojos. Y se sintió débil y viejo. Hastiado de la vida. Una vez una muchacha le había mirado desde esos mismos ojos. Habían corrido juntos por los bosques, y se habían amado con pasión bajo los nudosos pinos. La brisa del mar y el brillo de las estrellas les habían contemplado gozosos. Ella le había querido, y él la había adorado. Había llenado sus días de amor y de hijos. Y ahora... le miraba con repulsión, con miedo... Aquella anciana no era la muchacha que le habían robado hacía tantos años. Había luchado una década entera por el recuerdo de su joven esposa y ahora le devolvían a aquella mujer. A aquella desconocida.

Ordenó que la embarcasen en su mas veloz navío y la condujesen a Esparta, donde debería ser custodiada en el palacio al que él no volvería jamás. No soportaba un solo momento más la presencia de aquella extraña que le traía tantos recuerdos. Recuerdos tan dulces, que saberlos irrepetibles le enloquecía de dolor.

—Adiós señora. Eres la madre de los que un día ceñirán coronas de oro. Eres la hija de Zeus altísimo. Nada habrás de temer. Nadie osará levantar su mano contra ti. Nada, de lo que corresponde a tu rango, te faltará nunca. Jamás volverás a ver a este hombre que tantísima repulsión te causa.-

Menelao creyó ver en ella una duda, un gesto asesinado antes de empezar... tal vez una esperanza. Pero al final, Helena subió a la pentecora sin una despedida siquiera. Allí terminaba todo el amor que el rey de Esparta podría sentir ya. Allí se colmó la medida de su corazón.

Contempló en el suelo los despojos de Alejandro. No le causaron ninguna emoción.

—Una vez fuiste hermoso, divino Alejandro. Ladrón de esposas, incapaz de defenderlas. Suerte tuviste de llamar hermano al mejor de los hombres. Suerte de llamar padre a un anciano de mente nublada. Ahora solo eres pasto de cuervos. ¿No bailarás ahora para divertirnos? ¿No tratarás de seducir a nuestras mujeres con tu hermoso rostro? ¿No? Tanto mejor príncipe maldito. Ahora eres más deseable para los perros que para las mujeres. Solo causarías en ellas horror y repulsión.

Solo entonces volvió los ojos hacia la ciudad, fija e inmóvil en lo alto de la colina. Sintió un odio insufrible. Aquella era la ciudad que le había robado a la mujer a la que había amado, devolviéndole una desconocida. Aquella ciudad le había robado diez años de su vida... Ahora también ella sería suya. Una dorada corona sería el precio del tiempo y las ilusiones perdidas. Menelao sería tres veces rey. Tal vez eso compensase a su esposa pérdida, el amor de Helena...

Y se permitió llorar en la oscuridad de sus aposentos, cubierto su rostro por la púrpura. Había sacrificado toda una vida por una mujer... Y cien coronas no le devolverían la esperanza perdida. Había amado más allá de la cordura y de la dignidad. Lo había sacrificado todo por ella... y todo no había valido nada. Aquel era su destino y lo aceptó con resignación. Saber que no volvería a amar, endureció un poco más su corazón. Si es que un corazón de piedra como aquel, podía endurecerse aún un poco más.

XVI. La muerte del Rey

*Hermosas eran las hijas de Priamo
Casandra habría bendecido el lecho de cualquier hombre
Ningún guerrero hubiese dejado de desear su cuerpo
Ningún príncipe dejaría de anhelar su dote.*

*Sabio era el viejo rey, en su altísimo trono
Decente y razonada era su esposa
Gentiles y liberales eran sus nobles.
A todos acogió gustosa la muerte.*

Los griegos vieron reducido su empuje. Héctor había levantado montañas de muertos entre sus filas, y abatido tres de las misteriosas armas. Pasaría aún algo de tiempo antes de que reorganizasen sus batallones, antes de que forjasen nuevos horrores.

Pero aún quedaba otra aberración que seguía escupiendo muerte. Y Menelao mantenía sus cuarteles en el campo argivo. No quedaba esperanza. Nada de lo que Héctor había esperado se había cumplido. Pero había debilitado la fuerza misteriosa de los argivos. Si el pueblo de Troya pretendía sobrevivir, aquel era el último momento para tomar las graves decisiones que el destino del imponía. Príamo, rey altísimo, se negó en redondo a abandonar su palacio. Pero Eneas contaba ya con el apoyo de los guerreros, que no estaban dispuestos a morir innoblemente ante aquella monstruosidad sin nombre. Afrontarían la muerte con las lanzas en la mano, conquistando y defendiendo nuevas heredades. Pero no ante un arma cobarde y anónima, ajena al valor y a la gloria.

Todos los notables de la ciudad se reunieron en el gran salón del trono. Consejeros y nobles, todos los preclaros ciudadanos. Troya moría, y comprendiéndolo todos, guardaban silencio, esperando el último mandato del rey. Habló Eneas, cargado de poderosas y claras razones.

—Gran señor. Partid con nosotros, y guiadnos en esta calamidad. ¡Ha llegado la hora mas dura! Pero no dudéis de que encontraremos nuevas tierras, un nuevo porvenir en el misterioso occidente. Lejos de las acechanzas griegas, volveréis a ser rey de crecidos pueblos. Príamo se mostró imperturbable. Pasado era su tiempo. Muertos sus hijos. Condenada su dinastía. Solo en su última hora comprendía el precio de su orgullo y de su locura. En aquel último momento, fue mas digno que nunca.

—El número de los reyes en mi familia concluye conmigo. Mis hijos empuñaron la lanza por mi mandato, y murieron con honor en el campo de batalla. ¡Todo por orgullo insensato! Soy la raíz de un tronco agotado. Si mi dinastía tiene que morir conmigo, será hermoso morir en el trono de la heredad que no tengo a quien ceder. Morir como he vivido. Morir como rey. Vete Eneas, y salva a mi pueblo. Los que sean leales, pueden seguirme al otro mundo. En el Hades seremos felices de nuevo. En el Eliseo nos esperan hijos y amigos, con ellos festejaremos durante toda la eternidad, olvidando el nombre de Troya y de nuestros enemigos.

Eneas bajó la cabeza en señal de acatamiento. Comprendía entonces, que todo su pasado moría en aquel momento. Gobernantes y amigos desaparecían, condenándole a ser rey de si mismo. Varios nobles, las princesas y las reales esposas se quedaron atrás. Casandra atizó los braseros mientras que Andrómaca cerraba los respiraderos. El humo fue haciéndose pesado en la sala del trono. Hermosas y perfectas, en la flor de la vida, murieron las jóvenes hijas del rey. Ningún enemigo gozaría de sus suaves caderas, ni disfrutaría de la hermosa curva de su blando seno. Así terminó la dinastía de Troya. No ofrecerían ya jamás crecidos holocaustos ni perfectos sacrificios. No sobrevivió ninguno de los hijos que habían llevado orgullosos el nombre del rey Príamo.

XVII. Arde Troya

*Elevaron los hombres palacios y templos
Donde honraron con incienso el nombre de los dioses*

*Trazaron amplias estancias, de hermosas columnas
Dignísimas moradas para sus príncipes.*

*Pero la obra de los hombres, por hombres fue destruida
Bajo el fuego y las lanzas, murieron sus moradores
Bajo el fuego y el martillo derribaron los palacios
Bajo el fuego profanaron los templos.*

Los griegos se volvieron locos al ver escapar a su esperado botín. Ahora que la ciudadela estaba arruinada por sus poderosos ingenios, solo en los despojos de sus habitantes confiaban para labrar su fortuna. ¡Pero los muy cobardes huían con sus riquezas! El desorden cundió en el campamento argivo. Menelao trató de organizarlos, de hacer avanzar lentamente su poderoso potro, y a su amparo, los densos batallones. Pero los guerreros temían perder el botín de la victoria. Llevados por la codicia, asaltaron sin orden los muros. De nos ser por que sus defensores los habían abandonado, muchos habrían muerto allí. Aladas flechas, certeras y homicidas, se habrían embriagado con su sangre. Pero subieron los muros abatidos sin bajas entre ellos. Muchos troyanos escaparon, pero otros quedaron atrás. Por suerte para los vivos, muchos argivos habían muerto en el largo asedio. Gracias a su mermado número, encontraron los que tuvieron la suerte escrita en su destino, botín generoso en riquezas y cautivos. Una mirada de troyanos escapó sin embargo. Buscarían en occidente un nuevo destino.

Los guerreros más audaces salieron sofocados de los pozos de la ciudad. Solo muerte les aguardaba allí. Varios días después, pudieron hartarse con las riquezas que ocultaban, soportando el hedor de los cadáveres vestidos de púrpura. Los reyes no fueron menos avaros en el saqueo. Ulises mismo derribó las estatuas de los dioses, tratando de encontrar tesoros escondidos. Aquella noche eterna, a la luz de los templos incendiados, se cumpliría el último vaticinio de Laoconte.

–Llegará la noche aciaga, en que nuestras mujeres divertirán a apuestos guerreros vestidos de blanco. Blancas eran las túnicas que señalaban la raza de los argivos.

Menelao calentaba su corazón ante las cenizas del palacio de Príamo. Diomedes permanecía a su lado.

–Gloria infinita gran señor. Las murallas elevadas por los dioses han caído bajo vuestro mandato.

–Si, rey de Tebas, la de muchas puertas. Troya ha caído. ¿Qué ciudad de Asia resistirá ahora nuestra fuerza?

–Soy joven, gran señor. Anhele gastar aún mi vida en pos de la gloria y el feliz botín.-

–No temas Diomedes, no temas nada. Es crecido el número de nuestros enemigos. En sus ciudades encontraremos gloria y tesoros sin limite.

Troya ya era suya. Pero su corazón aún no veía colmada la medida de su odio. La guerra se prolongaría infinita, hasta hundir sus sandalias en el polvo de todos los caminos de Asia. Hasta arruinar cien ciudades enemigas, y calentar su cansado corazón con sus cenizas. Solo la guerra y la conquista, el desmedido afán de gloria le alentaban ya. La dinastía de Atreo haría suyas las riquezas infinitas del Este.

XVIII. La bruja

*Al final de la batalla, recoge el guerrero su botín
da la espalda a la gloria ganada
y arroja sobre su espalda la ganancia.*

*Esperan en el horizonte otras batallas
campañas mas largas y mas duras
pesadas cargas en las que gastar vida y juventud.*

Selene contemplaba el mar envuelta en un grueso manto. El viento agitaba sus negros cabellos, haciéndolos ondear al viento, igual que la docena de estandartes argivos que profanaban los muros de Troya.

El blanco de los Atridas se mezclaba con un arco iris de estandartes argivos. Politeón ascendió lentamente por el estrecho camino que guiaba al promontorio. Allí era donde hasta aquel día, habían sacrificado los argivos grasos bueyes. La bruja se volvió hacia el con una sonrisa cálida y afectuosa.

–Los navíos se preparan. Pronto los argivos abandonarían esta tierra, y será como si nada hubiese ocurrido, como si Troya y nuestros pesares no fuesen si no un sueño.

–Pronto, sí, muy pronto. ¿Por qué no te dispones ya a la marcha?

–Yo no me iré de este lugar. Esto es un adiós valiente guerrero, el final del camino.-

Politeón la miró sin querer comprender. Ella tomó su rostro en sus manos y le besó con afecto, pero sin pasión.

–Este es el destino que los dioses me guardan. Caída Troya, nada tengo que hacer junto a los argivos.

Ahora fue él, quien tomó a la bruja con sus manos, devorándola con besos ardientes de pasión y deseo. Ella sonrió apartándose de él.

–Hazme un favor, y no escojas para el regreso el navío donde carguen el potro de metal del rey.

–¿Que asechanzas has visto en el destino?

–No tengas temor. Nada te afectan a ti. Los dioses entregaron esas armas a Menelao para someter Troya a su designio, pero no es deseo suyo que las emplee en el futuro. Se irán pudriendo lentamente, olvidadas de todos en el fondo del Ponto. En una sima tan profunda, donde ningún buzo pueda recuperarlas. Los libros que me descubrieron la forma de crearlas ya han ardido. Igual que han ardido el resto de tesoros de los cíclopes en los pozos troyanos.

–¿Por qué?

–Porque Asia está reservada a la dinastía de Aquiles, para compensar a su madre por su terrible muerte. La dinastía de Atreo llegará un día a dominar las estrellas del mismo cielo, pero Asia corresponde a la casta del Pelida.

–¿Así tenemos que despedirnos? ¿Qué será de mí?

–No temas, mi valiente guerrero. Tú no has de temer a la vejez, a la enfermedad ni al acero. Nada de eso puede afectar a tu divina naturaleza. Los dioses ya se han servido de ti a su antojo, ahora te han olvidado, y eres libre. Ni yo misma sé cual es tu destino, pero el mismo Menelao cambiaría ahora su corona por la juventud y la salud que tu gozarás durante siglos. Lo que si puedo decirte es que generaciones enteras de griegos vendrán a morir bajo otras murallas asiáticas. De esta ciudad brota la semilla de una guerra eterna. Esa es la voluntad de los dioses. No faltará un lugar para ti en tantos y tantos ejércitos, y tu medida será colmada mil veces.

Y volvió a besarle, ahora por última vez, para alejarse, de vuelta al abandonado campamento.

XIX. En los Palacios Celestiales

*De las querellas de los olímpicos
Del blando pecho de Afrodita
De los grandes ojos de Hera
De la colera insaciable de Zeus Cronida.*

*De eso hablarán otros hombres
De eso ya han rendido antes debido testimonio
De ellos ya escribieron poetas y sabios
De ellos escribirán poemas infinitos.*

*Yo hablé de los hombres
Por los dioses maldecidos
Por los olímpicos guiados
De las mujeres nacidos.*

Selene se acurrucó a los pies de Zeus Olímpico, imponente en su trono. El Cronida enredó sus

vigorosos dedos en los cabellos de la hermosa ninfa.

–Has cumplido fiel con el mandato que se te encomendó. Recupera tu lugar entre los inmortales, regala tus labios con la ambrosía y fortalece tu animo con el humo graso de los sacrificios.

–Gracias, gran padre Zeus.

Y así se retiró la que los hombres llamaron bruja ,a la hermosa comodidad de sus estancias. Iguales en belleza a las de sus hermanas, las ninfas, a las que los dioses llamaban hijas y esposas. De nuevo en el venturoso Olimpo no tenía que temer la enfermedad ni la muerte, ni el dolor ni el cansancio. ¡Tales eran los estigmas que soportaban las ninfas en su trato con los humanos!

Afrodita se sentía profundamente humillada. Zeus había gozado de sus encantos hasta aburrirse de sus hermosos pechos. Había tomado su cuerpo tantas veces y de la manera que había querido. Pero al final se había cansado. Y de su cansancio surgió la ruina de Troya. Deseoso de volver al lecho perfecto de Hera, su legítima esposa, tuvo que colmar su venganza arruinando las torres de la ciudad. Llenó a Afrodita de promesas, y esta tuvo que contener su justa furia. Aún quedaba en manos del cronida el destino de su hijo tan querido. Atenea y Hera se mostraron triunfantes y gozosas. La lujuria de Afrodita no había vencido al tiempo. Su venganza ya estaba consumada. La gloria de Troya se había hundido en el olvido, y sus muros arruinados no acogerían si no a las voraces bestias. En el trono de altísimos reyes, dormirían fétidos insectos. De la belleza de Casandra se hartarían blandos gusanos. En eso quedaron todas las glorias del mundo, mientras los dioses seguían festejando en sus palacios, entregándose al placer y al abandono.

La Configuración Simbólica de los Ángeles

Por Sergio Fuster

La historia y la fenomenología, como ciencias positivas de la religión, han desarrollado estudios esclarecedores acerca de la configuración simbólica de los ángeles. Este fenómeno se dio principalmente en los cultos monoteístas, predominando de manera más pura en el Judeocristianismo, en el Mazdeísmo y en el Islamismo; a partir del advenimiento de ciertos reformadores, como Zoroastro (forma griega de Zaratustra), Jesús y Mahoma.

Es digno de mención, que Filón (siglo I) dudó de la existencia de estos seres angélicos y los llamó “emanaciones y fuerzas del universo”, como critica a lo que parecía ser un fenómeno reciente en su época; pero lo cierto es que en los núcleos míticos de las principales religiones desde tiempos muy antiguos (entre ellos Grecia y Mesopotamia), aparecen estas entidades ambivalentes intermedias entre los dioses y los humanos con funciones de ordenadores del cosmos y ejecutores de la voluntad divina.

Según los antiguos babilonios, el aire estaba poblado por fuerzas malignas que causaban enfermedades, representadas en el principio del “ZI”, especie de vampiros con alas provenientes de los espíritus de ultratumba. Ellos reconocían, independientemente de su panteón politeísta, siete principios personales en el viento, la tempestad y el torbellino(1). Es posible que el libro sapiencial de Job (cap. 1 y 2), en donde el diablo asesina a sus hijos en una tormenta de viento, tenga su origen en estas creencias. Los seguidores de Pitágoras pensaban que nuestra atmósfera estaba poblada de seres espíritus bajo el control de un jefe que tenía su asiento en el imperio del aire, probablemente esta idea fue inspirada en los silfos de la mitología germana, como pequeñas entidades manifestadas en los elementos; gracias a ello se entiende el pensamiento cristiano acerca de Satanás, que es presentado en Efesios 2: 2 como “el príncipe de la autoridad del aire”(2).

Siguiendo con esta línea de pensamiento, podemos encontrar motivos de estas criaturas en jarrones y murales griegos y etruscos, donde a menudo se los representan con sexo femenino o en forma de niños(3). Esto no recuerda a las *Nuris*, “vírgenes canónicas” que aparecen en la mitología islámica, en formas de ángeles femeninos, cual Valkirias hiperbóreas de las que tanto nos habló Lamartine. También era cosa común entre los Persas representar a sus reyes como seres alados(4). En la “puerta de Ciro”, en las ruinas Pasargada, encontramos un bajorrelieve del monarca con cuatro alas saliendo de su torso. Al igual que el dios principal prezoroastrico *Atar*, el fuego solar en su carro (luego reemplazado por Ahura Mazda), era plasmado con una apariencia similar pero viajando dentro del disco astral remero, como se puede ver en la pared de la inaccesible tumba de Jerjes y Darío II(5). No obstante, el desarrollo pleno de estas estructuras angélicas se da para una etapa tardía de la historia de un pueblo por razones que expondremos en el siguiente trabajo.

ACERCA DE LOS ANGELES

La palabra ángel era conocida por el mundo paleosemita como “algo santo” (del término arameo *IRIM*: Lit. sagrado, separado). Sin embargo, en el hebreo primitivo adoptó la forma de *Mal’ak*, que se traduce principalmente como **mensajero** o **enviado** de alguien “santo”. En las fuentes testamentarias, el término *Mal’ak*, muchas veces significa “espíritu” o “viento” (tal vez aludiendo a la velocidad del mensajero), pero esto depende del contexto(6).

Esta idea esta apoyada por un conjunto de idiomas arcaicos como el ugarítico, el arábigo (Malik) y el etíope, donde su significado es de uso similar(7). En algunos pasajes bíblicos como el de II Reyes 20: 2, 3, el término *Mal’ak*, aplica a los mensajeros reales que envió el rey Ben-Hadad de Siria al reino de Israel en una misión diplomática. En todos los casos parece atribuirse a alguien que ha sido designado como correo real y que debe transitar a través de una gran distancia con el fin de comunicar “algo importante” a “alguien

influyente". Sin embargo, en la mayoría de los casos expuestos, el término se adjudica a seres sobrenaturales que cumplen papeles comunicativos en carácter de asignación divina(8).

Pero ¿quiénes eran estas entidades propias de algunas mitologías? ¿Por qué se los presenta en muchos núcleos míticos como seres ambivalentes, es decir, de una naturaleza santa, pero a la vez demoníaca sin llegar a ser dioses? ¿Por qué propenden a desarrollarse estas figuras simbólicas de una manera más notable en el seno del monoteísmo?

ESTUDIO ESTRUCTURAL DE LAS IMÁGENES ANGELICAS

Si bien la configuración angélica se da con más viveza y trascendencia en los cultos monoteístas, no es exclusivo de ellos. Este fenómeno también se observa muy a menudo en las grandes religiones politeístas, como Egipto, Mesopotamia, India, Grecia y Roma.

El hombre vive lo sagrado a través de la multiplicidad de las figuras divinas, al menos es así en los sectores generales de una civilización. El devoto común que tiene dificultades para comprender lo divino en el terreno de alguna especulación metafísica, hermética, propia de los círculos intelectuales o sacerdotales (de los cuales nos disertan sobre una unidad con el absoluto), expresa lo religioso a través de lo que le es más simple, en la naturaleza y su diversidad de aspectos(9). Por ello los monismos más ejemplares, como en el caso del panteísmo hindú, son vividos dentro del más explícito politeísmo.

La oscilación del pensamiento teológico entre la multiplicidad de divinidades hasta llegar a configurar una sola, es decir, la movilidad entre el politeísmo y el monoteísmo, esta determinada en buena medida por los procesos históricos de cada pueblo(10). Así sucedió en Egipto en el sincrético culto al disco solar de Aton, durante el reinado de Amenofis IV, en donde todo el poder político y religiosos fue manipulado para que caiga sobre un solo hombre, el Faraón.

En el monoteísmo, el único Dios, reúne todas las facetas que están repartidas en el panteón de los dioses del politeísmo. Por ejemplo, en la etapa temprana del culto israelita, Yahvé era el Dios del que procedía el bien y a su vez él era el originador de las catástrofes (Deuteronomio Cap. 28), mientras que en el politeísmo existe una divinidad para cada función. A este Dios *un*, también se lo presenta con aspecto humano, antropomórfico(Exodo 15: 4, quizá esta endecha sea uno de los escritos más antiguos del Pentateuco), donde se lo describe como un varón, es decir con sexo, como los dioses egipcios o fenicios, con rostro; manos; se pasea por el jardín; busca al hombre sin encontrarlo, etc.(Génesis 3: 8-13). Pero a su vez es visto en una etapa histórica monárquica tardía como un Dios tutelar, que esta dentro del predio del templo, como Marduk que fue el custodio de Babilonia, o Asur el guardián de Ninive, etc.(11).

Sin embargo, después de la destrucción del templo de Yahvé en Jerusalén a manos de los ejércitos caldeos, el movimiento profético lo representó como una divinidad no circunscripta a un edificio o ciudad determinada, sino más allá del tiempo y el espacio.

Es en esta etapa (siglo VI a. J. C.) cuando la angelología cobra más fuerza y repercusión en el culto judío. Yahvé es ahora un Dios inalcanzable, al que solo se puede acceder mediante profetas o *ángeles*(12). Estos reflejan sus atributos, los espejan o refractan como harían los dioses de un panteón politeísta, por ello muchas veces, como veremos, a los ángeles se los asocia con los elementos de la naturaleza.

El mismo fenómeno sincrético se puede observar en la religión de la antigua Persia, donde el movimiento del reformista Zoroastro (siglo VII a. J. C.) invalidó los dioses antiguos y prevaleció el culto al único Dios, Ahura Mazda y sus atributos; luego convertidos en ángeles benéficos, en contra del malvado Ahrimán y su séquito demoníaco(13).

Por lo general, estas estructuras angélicas, toman su forma de la monarquía constituida, en donde el Dios uno y principal, asume el papel político y Real. Ahora su corte con sus funcionarios y voceros son vistos como ángeles. En el caso de Israel, al caer la dinastía davídica, toda la expectativa de plasmar su nueva situación política y administrativa fue proyectada en los cielos y se centró en la morada excelsa de Yahvé y su séquito. En las cartas de Amarna(Dinastía XVIII), al faraón se lo consideraba un Dios principal, y a su corte parte del panteón(14).

En otras palabras, la configuración angélica es muy antigua y con toda probabilidad tenga su origen el seno del politeísmo y en sociedades con cierto desarrollo sociopolítico, al menos allí están presentes;

pero sobreviven y se tonifican cuando las funciones de los múltiples dioses se resumen en uno solo, de allí que sobresalgan en los cultos monoteístas.

LAS IMÁGENES ANGÉLICAS EN LA LITERATURA SAGRADA

La presencia de seres divinos ayudantes y serviles a los propósitos del “Dios Uno” como entidades espíritus, tiene raíces en tradiciones orales semitas e indoarias, cuyo vértice se pierden en las tinieblas del pasado.

La fuente de acceso más rica y antigua que tenemos a la mano para estudiar el tema es la Biblia, ya que en la religión Persa rastrear la antigüedad angélica prezoroástrica es una tarea complicada. Solo poseemos datos anteriores al Avesta de las inscripciones fragmentarias de sus monumentos y de las confusas referencias de Herodoto(15). Con relación al Corán ocurre lo mismo, además que como escrito posterior tiene claras dependencias narrativas con la Biblia. Si bien, los árabes desde tiempos muy remotos creían en espíritus del desierto la configuración angélica fue tomada sin ninguna duda de los registros hebreos.

Evidencia bíblica

Se sabe que el Pentateuco fue el resultado de la fusión de por lo menos cuatro documentos anteriores al primer milenio a. C. Uno de los más antiguos se le llama técnicamente: la fuente “J”, Yavista. Si bien la mayoría de los doctos concuerdan en que fueron compilados en forma escrita a partir del siglo X a. C. su origen puede ser tan antiguo como para situarlo en los tiempos del éxodo(16).

En dicha fuente ya se nos habla de los Elohim, palabra hebrea para dioses o señores, similar a los Ellis de las inscripciones caldeas, siempre en asociación con Yahvé Elohim, la deidad única y suprema indiscutiblemente. Estos Elohim, o hijos espíritus de Dios, son los ángeles, pero con una notable relación con los elementos; en este caso con el fuego. En las escrituras este elemento era símbolo ambivalente, por un lado era el atributo de la luminosidad, sabiduría y soberanía suprema; pero por el otro era asociado con la destrucción absoluta, sin recobro ni resurrección.

1-1 Debido a una falta ritual, los primeros hombre fueron expulsados del paraíso terrenal; Yahvé apostó espíritus a la entrada con una espada *llameante* para que no accedieran al Arbol de la Vida(Génesis 3:24). Estos seres también protagonizaron el episodio de la destrucción *por fuego y azufre* de las inicuas ciudades del Sidín(sitio desconocido en las inmediaciones del Mar Muerto), entre ellas Adma, Zebollyn, Sodoma y Gomorra.

1-2 En el Sinaí ya se describen a estas criaturas como seres alados, que viajan a grandes velocidades y que son visibles como *humo y fuego*, con un gran poder tanto destructor como salvador. La columna llameante que acompañó el paso de las hordas israelitas a través del desierto, fue interpretada en la literatura cristiana temprana como la manifestación del Arcángel Miguel. Al igual que en la religión Persa, el fuego sagrado fue configurado como un ser personal. En la cobertura del Arca de la Alianza se entallaron dos figurillas de estas criaturas de oro (símbolo alquímico solar) y tenían poder para destruir a cualquier impuro que ose profanar el lugar santo. Entre los musulmanes, los ángeles benéficos tenían el rostro del Sol(17). En Egipto durante la Pascua, un ángel “con una espada” inspeccionaba las puertas de las casas, aquella que no estaba pintada con la sangre de un cordero, se tomaba inmediatamente la vida del primogénito de la familia. A esta entidad aterradora se le llama en el Nuevo Testamento como “EL Destructor”, como un ser ávido de sangre. A este personaje de la mitología cristiana se lo conoció como aquel que custodiaba el “lago de fuego y azufre” del Apocalipsis.

1-3 Ya en épocas históricas, cuando la invasión asiria al mando de Senaquerib sitió la ciudad de Jerusalén, un ángel en una sola noche exterminó a 185.000 soldados en las inmediaciones de Lakis. Luego en los escritos proféticos se dan imágenes vívidas de estos seres como ministros del único Dios Yahvé, presentado en ropaje real, como veremos.

Estudio comparativo con el Talmud, Corán y el Avesta

2-1 Tanto en la literatura talmúdica, como la Persa y la testamentaria, se los compara a estas entidades aladas con cuerpos celestes, ya sean estrellas o planetas, por la luz que destellan. En Job se habla de ellos como “estrellas de la mañana”. Para la mitología Persa Nvare-khchaeta, era el sol y Mah, la luna. Luego configuraron ángeles que regían estos sistemas celestes. A Lucifer, en el Talmud, se lo llama Helel ben-Shahar, el hijo de la aurora, y se lo compara con el enemigo del dios solar, el planeta Venus, el Lucero. Este era el último astro en ocultarse en la mañana, era desafiante al Sol; como Satanás desafía a Yahvé(18).

2-2 La Biblia no da el nombre de ningún ángel a no ser el de Miguel y Gabriel (Daniel 12: 1; Lucas 1: 26). La razón es obvia, en la religión hebrea se evitaba el dar adoración a estos seres, para dejar bien establecido que no eran dioses. El Apocalipsis 19: 10, cuando un ángel se le aparece a Juan y este se siente inclinado a reverenciarle aterrado por tan terrible manifestación de poder, este ser replica: “Adora a Dios”. Sin embargo, la adoración de ángeles era muy extendida en los primeros siglos de la era cristiana. En la zona de Colosas, este culto era común. En el concilio del siglo IV en Laodicea se estableció: “Los cristianos no deben invocar nombres de ángeles”. Y Teodoro, teólogo y escritor del siglo V, indica que este “vicio” continuaba en sus días(19).

2-3 Si bien no conocemos sus nombres, la Biblia describe algunos de sus rangos y funciones. En el capítulo 10 de Daniel, aparece el Arcángel Miguel. Arcángel significa “ángel principal o jefe de ángeles”. Luego la literatura apócrifa multiplicó a estos jefes haciendo de ellos un verdadero ejército.

Luego vienen en la corte celestial, los Serafines. Aparecen una sola vez en la Biblia, en Isaías capítulo 6. No se sabe con exactitud el significado de su nombre pero parece ser que eran serpientes ardientes, brillante, o príncipes esplendorosos. Su nombre deriva de una etimología hebrea que quiere decir “devorar” por fuego. Estos seres están por encima del manto real de Yahvé y proclaman al unísono su superlativa santidad y pureza augusta. Dentro de su orden sagrado están encargados de velar por la limpieza absoluta(20).

Los Querubines son seres que han tenido en la Biblia un papel más protagónico. Están debajo de Yahvé, son el escabel de su trono; como corceles voladores impulsan su carro y ministran ante su presencia. Estos en la profecía reflejan directamente los atributos divinos simbolizados con caras de animales.

2-4 El ángel Gabriel, fue un aporte tardío en la literatura apocalíptica y cristiana (Entre los siglos II-I a. J. C.). Este fue quien se le apareció a María y le anunció el nacimiento virginal de Jesús. Según los musulmanes, fue este mismo quien le reveló a Mahoma lo que luego llegó a ser el Corán. Cuenta la tradición, que Mahoma fue a la gruta de Hira para meditar, allí se le apareció Gabriel. Este ser le obligó mediante la agresión física a que recitara el nombre de Alá(21).

2-5 En la carta a los Colosenses 1: 6 (Ya para la antigüedad tardía), se describen otras categorías “Tronos, Señoríos y Gobiernos o autoridades”. Es digno de mención que estos junto con los datos que da el antiguo Testamento, suman siete funciones, similar a los aspectos de los ángeles de Ahura Mazda, los Amesha Spenta. Que eran: 1) El espíritu puro; 2) El buen pensamiento; 3) El orden; 4) La potencia; 5) La devoción; 6) La integridad; 7) La no muerte. Todos y cada uno de ellos totalizan o refractan los atributos completos del supremo Ahura Mazda. Por debajo de ellos, se encontraban innumerables legiones de espíritus benéficos, genios, dioses y demonios(22). Esta formación es traducida en el Corán por siete cielos en donde existen diferentes categorías de ángeles.

Ya para el siglo IV, Dionisio en su libro *El Areopagista*, describe una jerarquización que continuó hasta nuestros días. El divide a los ángeles en número de nueve, agrupados en tres carros cada uno. El primer nivel están los Serafines, Querubines y Tronos; en el segundo, Dominios, Virtudes y Poderes; en el tercero Príncipes, Arcángeles y Angeles. A su vez divide a los arcángeles en siete, posiblemente basado en los siete ángeles que tocan las trompetas en el libro de Apocalipsis: Miguel, Gabriel, Raphael, Uriel, Hamsel, Reziel,

Auriel(La mayoría de estas identidades no son bíblicas, sino que fueron tomadas las tradiciones orales judías posteriores al siglo II d. J. C. y a los libros deuterocanónicos)(23).

Los ángeles caídos

Cada cosmovisión religiosa tiene su propia interpretación del mal. Generalmente esta es vivida como lo opuesto en coincidencia, es decir, el bien no puede existir en forma independiente del mal(24). Los ángeles son presentados como seres individuales con voluntad propia y libre albedrío. Estos pueden revelarse contra su creador y oponerse a él. De hecho, los ángeles rebeldes son motivos corrientes en las tradiciones religiosas antes mencionadas.

3-1 Satanás mismo es un ángel rebelde que por su belleza superlativa se hizo así mismo arrogante y quiso ser él mismo un Dios, el Elohim supremo, convirtiéndose en un dios mímico, es decir, sin la capacidad de crear. En Ezequiel 28. 11 al 19, en una endecha contra el rey de Tiro, se habla esotéricamente del diablo, mencionando que era un querubín cubriente y él más bello de su estirpe. Pero no fue el único desleal(25).

3-2 En el tiempo antes del diluvio, ángeles desobedientes dejaron su sagrado lugar de habitación y adoptaron cuerpos humanos para cohabitar con las mujeres de la tierra, al menos así lo entendían los comentaristas tardíos(26).

Después de la catástrofe acuática, estos ángeles volvieron a las regiones de los espíritus pero ya no como “hijos de Dios” sino como demonios, bajo las ordenes y dirección del antagonista de Yahvé, Satanás el Diablo.

El núcleo temático del Apocalipsis, es la batalla final de estos seres demoníacos contra los ángeles fieles en la temible batalla del Armagedón.

3-3 En la mitología Persa, paralelo a los siete espíritus se encuentra otros siete demonios del mal, bajo las órdenes de Ahirmán, su contracreador. Ellos los llamaban los Daevas, se creía que si se dejaban restos de cabellos o de uñas sin tratamiento ritual esto les daría más poder. En las especulaciones judías de los primeros siglos de la era cristiana, aparecen siniestros personajes como Samael, el príncipe de las tinieblas. En el libro de Enoc XVIII: 1, 6 se lo identifica con Shamal una divinidad siria, un cosmocrator o un demiurgo o el Azazel del Levítico en el Antiguo Testamento. Aquel que se opuso a Yahvé el primer día creativo cuando este ordenó que la luz se hiciera(27).

3-4 Entre los escritos judíos no faltaron los demonios femeninos, como la maligna Lilit. Posiblemente sea la misma que mencionan los hechizos babilonios como el espíritu del viento. En una tablilla sumeria del 2000 a. C. encontrada en Ur, en la epopeya de Guilgamesh y el sauce, habla de una mujer diabólica que habita en los árboles. Es la misma, al parecer, que adopta forma de cabra peluda para la mitología árabe precoránica.

A estas entidades negativas femeninas, se las simbolizaba con serpientes sagradas. En el Tanis Papyrus contiene una lista de títulos que se le daba a estos animales. Un antiguo ritual griego, muestra que las mujeres estériles acostumbraban pasar una noche en el templo de Asclepio con la esperanza de ser fecundadas por una serpiente divina. Esto nos trae a la memoria a los misterios frigios, donde las doncellas se casaban ritualmente con una serpiente sagrada(28).

3-5. Entre la escatología musulmana, los individuos inicuos son llevados por ángeles repulsivos de color negro, como los elfos en la mitología celta. En la tumba, según la creencia antigua, dos ángeles negros Munkar y Nakir, examinaban al difunto para ver si era digno de hacer de su tumba un lugar más reconfortante(29).

Desde las especulaciones teológicas antiguas y medievales, el tema de los ángeles fue abordado por el arte, la liturgia, la mística y literatura universal. Pasando por las imágenes dantescas hasta la poética de Milton, para quedar plasmadas en forma eterna en las representaciones de Durerro, han sido verdaderas musas

de las expresiones artísticas de todos los tiempos. Donde quiera que miremos en la obra humana siempre están presentes estos seres alados, en las tumbas, en los capiteles, en los museos y en los grabados de los viejos manuscritos bíblicos. Tal vez él porque, se deba a que hombre necesita que lo salven de su incierto destino; o quizá porque en estas representaciones se funden paradigmáticamente la lucha interna que todo mortal padece, la del bien contra el mal, plasmada en la simbólica del combate escatológico de los ángeles.

En el mismo nivel que los gnomos, los elfos, los dragones y los genios, estos entes fabulosos, surcadores de todos los cielos, innominados y de culto proscrito, nos muestran que las imágenes de los ángeles no solo provienen de la memoria de un pasado sagrado y universal, sino que hacen posible que en ellos, aquellos dioses y héroes olvidados perduren para siempre en el espíritu humano.

Notas

1) *Babylon the great has Fallen!* W. T. 1937, Pg.137

2) *Ib.*

3) *W.T. 1972, Pág 468*

4) *R. Michael: "Mesopotamia, en el Oriente Antiguo" Folio, Oxford 1993, pág. 215.*

5) *Ib.*

6) *Vine: "Diccionario Expositivo de las Palabras del Antiguo Testamento" Ed. Caribe, Colombia 1994 Pág. 19.*

7) *Ib.*

8) *Aid To Bible Understanding" W.T., Usa 1991Pág 92-93*

9) *F. Schuwarz "Geografía Sagrada del Egipto Antiguo" Errepar Bs. As. 1979, Pág 88.*

10) *J. Croatto: "Los lenguajes de la experiencia religiosa" Ed. Hernandarias, Docencia, 1994. pág. 113-120*

11) *J. Bright: "La Historia de Israel" Desclee, España, 1970 Pág 190.*

12) *Pritchard: ANET, "Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament" Princeton University 1953, Pág 483, 490.*

13) *Juan Bergua" Historia de las Religiones" Senén Martin*

14) *Pope: "Ugaritic Texts. (V.T. Sup. Vol II 1955, pág. 20.)*

15) *Op. Nota 13.*

16) *Jacques Briend: "El Pentateuco" V. Divino 1947.*

17) *A. Toynbee: "La vida después de la Muerte" Ed Sudamerica 1976, Argentina, pág 159*

18) *Graves Patai. "Los mitos hebreos" Pág. 51, Alianza Madrid 1986.*

19) *W. T. 15- 7-85 Pág 12-13*

20) *Franz Delitzch "Commentary on The Old Testament*

21) *Op. Nota 17*

22) *Op. Nota 13*

23) *Op. Nota 19*

24) *Croatto. "El demonio, la muerte de un símbolo" Rev. Bíblica 1978. Pág 147-152*

25) *Op. Nota 18*

26) *S. Fuster: " Seres fabulosos". Publicado en Temakel.*

27) *Op. Nota 18*

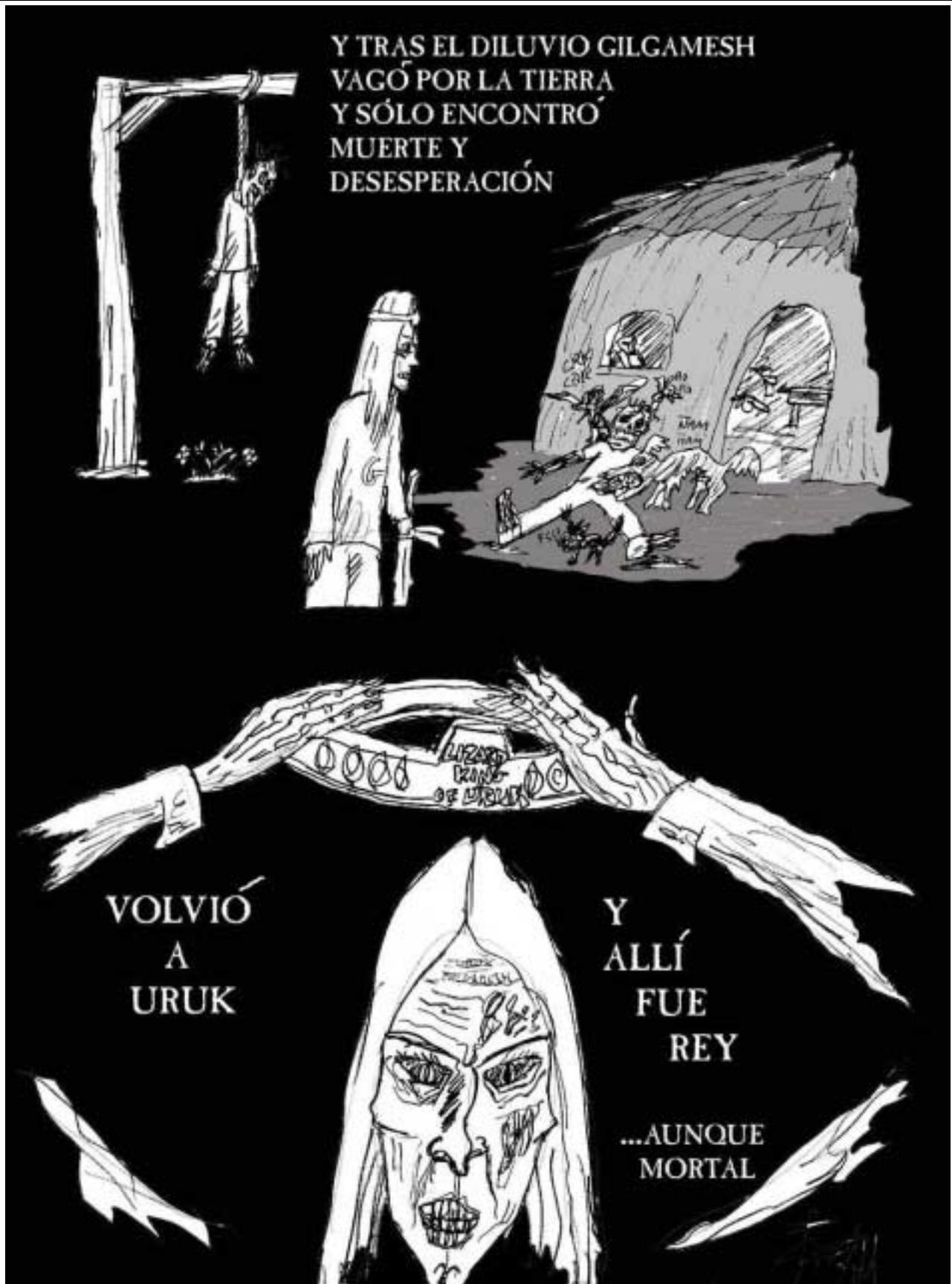
28) *Ib.*

29) *Op. Nota 17*









SUS GESTAS FUERON CANTADAS
Y ÉL CAYÓ EN LA DECREPITUD



ASÍ, ASÍ
CHUPASELA A
TU REY

Y AL FIN LA
MUERTE
VINO
A
ÉL



.... Y ÉL
LA TOMÓ
DE LA MANO

El Secreto dentro de un Secreto

Por Juan Antonio Fernández Madrigal

ACTO I - *El primer secreto*

ESCENA I

(Entra Brahma, tan musculoso como desnudo. Se pasea lentamente por la oscuridad iluminado tajantemente por la única luz que existe. Inclina la cabeza pensativo sin detener sus pasos. Los largos mechones de pelo negro y rizado se balancean con elegancia sobre sus hombros. Recorre varias veces el fondo negro perseguido por la luz que es él, hasta que se enfrenta al público con cierta arrogancia fundada)

BRAHMA: Existo. Soy en la nada. E imagino todo lo que podría haber en su lugar. *(Destellos de diversas tonalidades se suceden tras él, sin atreverse a condensarse en nada más sólido, como ecos de sus pensamientos/deseos)*. Mis sueños de vigilia me muestran todo lo que podría ser, las consecuencias de ellos mismos, que sólo esperan la chispa de mi voluntad para formar realidad.

(Vuelve a caminar, hacia el fondo, de nuevo pensativo. Se detiene sin volverse y permanece unos segundos en silencio)

BRAHMA: También veo la belleza. Supongo que el poder de mi volición irrefrenable va a provocar lo que sigue.

(Se suceden un grupo de destellos localizados a su izquierda. Luego hay una pequeña explosión en el mismo lugar. El humo producido, enfocado por una segunda luz, es dispersado en jirones como si lo estuvieran batiendo desde dentro. Poco a poco va dejando ver lo que se mueve arrastrándolo en espirales caóticas: se adivina un cuerpo que gira y se contorsiona ejecutando una danza sin ritmo aparente. El humo va desapareciendo. Shiva, desnudo, acaba deteniendo su baile. Inclinado en el suelo y jadeando clava los ojos verdes en el público)

SHIVA: Estoy aquí para evitar tus temores, Brahma. Nazco para destruir, sin embargo, y no podrás controlar aquello que salvará del aburrimiento a tu creación.

BRAHMA: *(Volviendo únicamente el rostro hacia él)*. Bien está así y lo acepto.

(Shiva se yergue y camina altivo sin dejar de mirar al público. Luego sonrío como si hubiera inventado algo gracioso, se dirige hacia donde está Brahma y comienza a acariciar su espalda sensualmente)

SHIVA: Nunca podrás tocarme. ¿No es divertido?

(Brahma se aleja brusco, desaparece su luz. Shiva ríe y comienza a bailar de nuevo, yéndose por el lado contrario. Todo se sume de nuevo en el negro)

ESCENA II

(Comienza una nueva serie de destellos. Esta vez se hacen más fuertes, se acumulan, se sostienen sobre un manto de brumas que se eleva desde el suelo. Cuando la niebla llega arriba, los destellos han sido sustituidos por una claridad uniforme. Luego desaparece la bruma y se deja ver un paisaje boscoso con un riachuelo. Se oyen cantos de pájaros exóticos. Entre los árboles aparece Krishna, delgado, de piel morena)

KRISHNA: Ah, estáis ahí. Necesitaba algunos oyentes. *(Se acerca al público y les mira estático pero elegante, correcto y tranquilo)*. Si me permitís el atrevimiento, os contaré la historia de la Creación. *(Una pausa para alisar una imperceptible arruga en su tocado gris de santón)*. Al principio no había más que Brahma. Y Brahma se creó a sí mismo por siempre y desde siempre, porque Brahma es la Creación En Sí Misma, su propio proceso no tiene ni principio ni fin ni sufre ciclos. Durante todo el tiempo, o durante sólo un rato, según se mire, Brahma se creó a sí, y luego se entretuvo aún otro rato más con ello. Pero finalmente Brahma tropezó en su mente con un pensamiento que le hizo ver que podía crear aún más cosas que a él mismo, un pensamiento que había surgido como consecuencia de algo que había hecho consigo y que no recordaba ya, aunque de lo que estaba seguro era de que el pensamiento era suyo. Por tanto lo utilizó y creó otras cosas, y creó el mundo y el riachuelo y el bosque y el aire y los cantos de los pájaros, y los pájaros. Y todo eso, a pesar de pertenecer a la Creación de Brahma y a su interior, fue llamado Lo Que Está Fuera De Brahma. Brahma estaba muy satisfecho de Lo Que Está Fuera De Brahma.

(Uno de los pájaros comienza a cantar más fuerte, ahogando el resto de sonidos del bosque, hasta que gradualmente llega a apagar las palabras de Krishna)

KRISHNA: Ah, amigos, ése debe ser Shiva. Siempre está presente justo antes de que se vaya a hablar de él. Terriblemente egocéntrico, me temo.

(Detrás de un árbol aparece la desnuda Shiva y se acerca a Krishna bailando a su alrededor al ritmo de los cantos de los pájaros)

SHIVA: ¡Já! Krishna creando el mundo de nuevo. Siempre tan original. Nunca serás más que una burda copia de tu padre.

KRISHNA: Ah, como tú. *(Shiva detiene su danza durante un instante, pero pronto la reanuda sin perder la sonrisa)*. Por lo que veo ya te cansaste de tus atributos masculinos.

SHIVA: Bello y humano Krishna: resultaban un tanto molestos, ahí enmedio.

KRISHNA: Te advertí que el tamaño era exagerado.

SHIVA: No estuvo del todo mal, de todas formas. He escuchado que hablabas de mí.

KRISHNA: Si me lo permites... *(Vuelve la atención al público y continúa su narración)*. Hubo un segundo pensamiento que Brahma no supo de dónde vino, aunque de nuevo estaba seguro de que sólo podía haber nacido de él mismo. El pensamiento era el más fuerte y el que más persistía de todos los que había tenido, y ello le satisfizo. Así que le concedió más importancia que a todo Lo Que Está Fuera De Brahma, y le llamó Shiva.

SHIVA: *(Riendo)*. ¡Una historia de Shiva! Hazme aún más importante, ¡aún más!

KRISHNA: *(Ignorando las palabras de la diosa y sus caricias)*. Así que estaban Brahma y Shiva, y la Creación de Brahma en la que está todo lo demás, y permanecieron así durante un rato, e incluso durante todo el tiempo, según se mire. Hasta que finalmente se percataron de que existía un secreto dentro de un secreto que ninguno de los dos conocía.

SHIVA: ¿Cómo dices? *(Con teatral contrariedad)* ¡Te atreves a proclamar la ignorancia de los dioses! ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Que tu existencia sea una interminable sucesión de karmas! ¡Que nunca conozcas tu

moksa y permanezcas por siempre en el samsara infinito y aburrido! *(El rostro de la diosa permanece sonriente y divertido a pesar de todo, y la danza alrededor de Krishna no cesa en ningún momento).*

KRISHNA: *(Haciendo un guiño al público).* Creo que a Shiva le gustaría conocer el secreto dentro de un secreto.

SHIVA: *(Arrodillándose fingiendo plegaria).* Oh, sapientísimo Vishnú encarnado, rival de dioses, ilumina mi inestable pensamiento, ensombrece el de Brahma con tu proverbial sabiduría, toda ella proveniente directamente de los sabios pantanos y los sabios árboles y los sabios pájaros y los sabios olores del bosque, por no hablar de los sabios insectos y las sabias partículas de polen y los sabios microbios.

KRISHNA: ¿Te burlas de mí, diosa? Nunca te revelaré el secreto.

SHIVA: Krishna, no seas cruel con una pobre diosa que podría destruir ese cuerpo mortal tuyo con un suspiro, por favor, evita mi desconsuelo. Al fin y al cabo un secreto que no cuentas es como un pastel que no te comes: no sirve de nada, y además se pudre.

KRISHNA: Pero esto no es sólo un secreto, sino un secreto dentro de un secreto.

SHIVA: Pues ya tienes dos pasteles que comerte.

KRISHNA: *(Suspirando).* Está bien. De todas maneras no durará en tu mente desquiciada ni un segundo.

SHIVA: Sí. Cuéntaselo a tu amiga-diosa Shiva y deja a ese vejestorio de Brahma que siga aburriéndose con su aburrido mundo sin secretos, ni mucho menos secretos dentro de secretos.

KRISHNA: Como quieras. El primer secreto era muy sencillo: ni Brahma ni Shiva conocían cuál era el Secreto de la Creación y de la Destrucción, y eso les perdió. Finalmente ambos desaparecieron.

SHIVA: *(Levantándose y acariciando de nuevo el cuerpo flaco y pálido de Krishna).* ¡Ja, ja! Ahora sí que estás inventando.

KRISHNA: El tiempo es relativo, mi preciosa diosa.

SHIVA: No te entiendo, aunque también es cierto que estás completamente loco. Bien, ¿y cuál es el secreto que oculta ese primer secreto, cuál es el Secreto de la Creación y de la Destrucción, oh Maestro de lo Oculto?

KRISHNA: Lo siento, pero ya está oscureciendo. Mi cuerpo mortal debe descansar. Buenas noches, Shiva.

(Krishna se aleja con paso ligero de la escena. Shiva permanece en postura estática observando la inesperada huida, aturdida pero por lo mismo, divertida. Luego su rostro expresa travesura. Se aleja a su vez por el lado contrario)

ACTO II - El segundo secreto

ESCENA I

(Un salón con pilastras al fondo adornadas con filigranas de oro sustituye al negro intermedio. El brocatel de tonos rosas y morados decora así mismo los capiteles sobrecargados. Tras las pilastras de mármol hay leves cortinas de colores pastel que se agitan bajo una suave brisa. En el centro del escenario está el trono de oro macizo de Brahma. Y Brahma)

BRAHMA: Me apetece compañía sincera. Ven, tigre. *(Chasquea los dedos y hay una explosión cerca del trono de la que surge un hermoso tigre de bengala. Los dos metros de animal se acercan mansamente al dios).* ¿Que has visto en la jungla, tigre?

(VOZ APARENTEMENTE PROCEDENTE DEL TIGRE): Vi animales y vi arboles y vi ríos y vi comida y vi hambre y luego vi hombre y vi dios y luego vi juego y vi caos.

BRAHMA: Así que Vishnú ha vuelto a encarnarse. Me pregunto qué tramará ahora.

(V.A.P.D.T.): Oí jungla y oí caricias y oí mentiras y oí verdades y no oí nada.

BRAHMA: ¿Un secreto dentro de un secreto? No existen secretos para mí, tigre.

(V.A.P.D.T.): Olí hombre y olí mujer y olí dioses y olí alivio y olí frustración.

BRAHMA: Shiva se equivoca si me supone ignorante.

(V.A.P.D.T.): Gusté miedo y gusté sueño.

BRAHMA: Está bien, busca a Shiva y tráemelo. Antes de que el día se alce allá abajo.

(V.A.P.D.T.): *(Mientras el animal lame la mano de Brahma)*. Toco voluntad.

(El tigre se aleja al trote. Brahma permanece pensativo, con la cabeza apoyada en los dedos de la mano. Con los rizos negros oscilando a la brisa. Con el pecho latiendo con decisión profundamente irrevocable. Con los ojos sin pupilas clavados en el público)

ESCENA II

(Al desvanecerse de nuevo la oscuridad aparece en su lugar la misma figura de Brahma en su trono, en la misma postura, inmóvil como una estatua. Se escucha una música lejana. En algún momento de la inmovilidad del dios creador aparece en el escenario Shiva danzando con movimientos casi indistinguibles del andar)

SHIVA: ... Y Brahma, después de terminar su soporífera Creación, se quedó dormido.

BRAHMA: *(Saliendo de su aparente letargo y mirándola pensativo durante unos instantes)*. Vaya, ¿ya te cansaste de tus atributos masculinos?

SHIVA: Un poco molestos. No sé cómo tú puedes estar tan cómodo con ese... *(Una larga mirada a la entrepuerta del dios la hace sonreír. Se acerca al trono, pasa un brazo pálido por los hombros morenos de Brahma y sustituye el fin de la frase con una melosa sonrisa a los ojos sin pupilas)*. ¿Qué deseas, papá?

BRAHMA: ¿Has visto a Vishnú?

SHIVA: Sí, en la jungla. Desde que se encarnó en Krishna se ha vuelto muy raro. Cuando se percató de que había cambiado mi sexo intentó propasarse conmigo. *(Con expresión paradójicamente neutra, pensativa)*. Los humanos deben sentirse muy limitados con tus creaciones de la moralidad y el pudor. Deberíamos eliminar esas ataduras, ¿no te parece?

BRAHMA: ¿Y mostrarles el poder que les haría dioses? No, no más seres omnipotentes, por definición. ¿Qué más hablasteis?

SHIVA: *(Con expresión aburrida)*. Oh, nada en especial. *(Con un mohín)*, No, nada realmente interesante. De los pájaros y de los árboles y de esas cosas que últimamente le preocupan tanto. Ya te he dicho que se ha vuelto muy raro.

BRAHMA: Mira. *(Alza una mano en el aire con el puño cerrado, La gira y la abre, y en ella hay un colgante repleto de piedras preciosas, hecho de platino y oro)*. ¿Te gusta? *(Lo aleja de Shiva levemente cuando ésta intenta tomarlo)*. Quizás hablasteis también de algún secreto difícil de recordar...

SHIVA: *(Sin apartar la mirada verde del verde de las esmeraldas, el cristal de los diamantes y el azul de los zafiros)*. No sé, hace ya mucho de eso...

BRAHMA: Sólo unas horas. Esfuérzate un poco. *(La mano de Brahma desciende un poco bajo el peso añadido de las turquesas y perlas que se han incrustado en el platino en un abrir y cerrar de ojos)*.

SHIVA: ...aunque sí recuerdo una cosa que me mencionó de pasada, sobre un acertijo dentro de otro o algo parecido.

BRAHMA: Es una lástima que tu caos no respete las joyas. *(Pone el resplandeciente colgante alrededor del cuello pálido de la diosa; inmediatamente el brillo comienza a apagarse)*. Así que estabais hablando sobre un secreto dentro de un secreto.

SHIVA: ¿Un secreto? Sí, es posible. Oh, mira cómo se está oxidando. Parece que los diamantes resisten mejor...

BRAHMA: Ya te haré otro después. Pero antes dime qué secreto era ése.

SHIVA: *(Sin apartar la mirada verde del verde-marrón de las esmeraldas, el cristal sucio de los diamantes y el azul grisáceo de los zafiros)*. Decía que había descubierto algo que no conocíamos ninguno de nosotros, el Secreto de la Creación y de la Destrucción. Siempre ha tenido demasiada imaginación.

BRAHMA: ¿Y en qué consistía ese secreto?

SHIVA: Sólo dijo que toda tu Creación desaparecería y nosotros también. Pero no me dijo la otra parte del enigma. ¿Crees que trama algo?

BRAHMA: Vishnú siempre trama algo. Recuerdo cuando se encarnó en Buda y comenzó a predicar aquello de las Cuatro Verdades Nobles, el Camino Óctuple y las Seis Perfecciones. Aún sigo pensando qué querría decir con ello...

SHIVA: *(Sacudiendo los restos que caen sin cesar del ya muy deteriorado colgante)*. ¿Verdad que es demasiado imaginativo, papi? Debe tener algún problema con su propia identidad como dios, nunca se tomó demasiado en serio su superioridad. Vaya, el óxido está manchando mi hermosa piel.

BRAHMA: Quiero saber qué secreto es ése que guarda. Shiva, ¿me oyes?

SHIVA: Claro, amado y curioso padre. ¿Quieres que me insinúe a él mañana por la mañana, cuando esté despertando? No creo que sea difícil extraérselo entonces.

BRAHMA: Haz como te parezca. Si su herejía es grave yo mismo le traeré de vuelta aquí e impediré que vuelva a encarnarse en mi mundo. Ya lo ha complicado bastante.

(Shiva le mira con expresión triste que se torna en súplica. Brahma le sostiene la mirada. Luego suspira y toca con el moreno dedo índice el colgante, que vuelve a recuperar su lustroso estado original en un instante. Shiva se aleja danzando y esparciendo por doquier nuevas motas de óxido y alguna piedra preciosa de brillo apagado)

ESCENA III

(Krishna duerme en el suelo bajo un árbol, cerca del mismo arroyo en el que se encontró con Shiva el día anterior. Los pájaros revolotean a su alrededor picoteando su túnica sucia. Poco a poco la claridad del amanecer le despierta. Cuando abre los ojos, uno de los pájaros revolotea hasta desaparecer tras el árbol, para reaparecer de nuevo convertido en Shiva)

SHIVA: Feliz despertar, que el nuevo día te sobrecoja los sentidos y el caos destruya a tu alrededor todo lo que se empeña en permanecer siempre igual.

KRISHNA: *(Frotándose los ojos)*. Gracias... supongo.

SHIVA: *(Inclinándose junto a él y rodeándolo con sus brazos)*. ¿Estás ahí dentro? Oh, Vishnú, mi querido y odiado dioscecillo. Una bruma gris veo en tu mirada.

KRISHNA: No he dormido bien. La pesadilla me ha asaltado.

SHIVA: ¿Qué es una pesadilla?

KRISHNA: ¿Quieres probarlo? Encárnate en mujer. O en hombre, no sé qué preferirías.

SHIVA: *(Haciendo una mueca de desagrado)*. La verdad, no me apetece en este momento. *(Permanece callada con los brazos alrededor del cuello de Krishna, mirando hacia algún punto indefinido más allá del público)*.

KRISHNA: ¿Shiva en silencio? ¿Shiva estática? Te ocurre algo.

SHIVA: Estoy sola.

KRISHNA: *(Después de quedar pensativo, sorprendido, durante unos instantes)*. Pero tú lo eres todo. Diosa del caos y de la procreación. El caos está en todo, tú estás en todo. No hay lugar donde no estés ni ser con

quien no te halles...

SHIVA: No hay nadie con quien esté que no destruya. Soy la vejez y la muerte. Soy el cambio infinito e inestable. Shiva cambia a cada instante que pasa. Por tanto no sé quién soy. Ni siquiera me tengo a mí misma. Estoy sola.

KRISHNA: *(Después de otra pausa, acercándose a ella compasivo)*. No te sientas mal. Ahora estoy contigo...

SHIVA: *(Después de otra pausa, rodeándole con los brazos)*. Me gustaría...

(Shiva acerca el rostro de Krishna al suyo y le besa largamente. Sus manos se introducen en la túnica y se mueven por el cuerpo. Los besos se extienden al pecho descubierto de Krishna. Krishna gime de deseo)

(De repente ella se levanta y se ríe a grandes carcajadas)

SHIVA: Ah, ingenuo Vishnú, débil Krishna. ¿Cómo has podido caer en una situación semejante, tú, el más sabio?

KRISHNA: *(Silencio. La mira)*

SHIVA: ¿Cómo puedo con mis caricias hacerte creer que el cielo es verde y que el mar es marrón? ¿Cómo pueden las palabras de una mujer cambiar el color de las cosas? ¿Cómo puedes creer por un beso que la sal es dulce y el aceite esponjoso? ¿Cómo puedes ser tan ingenuo... *(Pierde la sonrisa. Apoya la cabeza en una mano durante un momento. Luego vuelve a alzar el rostro serio y mira de nuevo al silente Krishna)* ¿Es que no te das cuenta de que te manipulaba para obtener algo a cambio? ¿O es que ese cuerpo humano te ha borrado la inteligencia?

KRISHNA: La sabiduría es ingenuidad. El más sabio es un niño.

SHIVA: *(Silencio. Le mira. Se ríe por un instante)*.

KRISHNA: Supongo que querías sonsacarme el último secreto. No tenías que haber suplicado ni haberte rebajado con tus manipulaciones. Ayer no te dije que no te lo fuera a decir, sólo que tenía sueño.

SHIVA: *(Reanuda la danza inesperadamente, pero manteniéndose siempre cerca de Krishna)*. Bien, pues dímelo.

KRISHNA: Si no fueras una diosa o un dios temería por tu cordura...

(Shiva canta y danza alrededor. Krishna se levanta y se arregla la túnica. Se acerca al público. Mira hacia atrás durante un momento, observando a la diosa. Luego la deja evolucionar en su propio caos y comienza a hablar)

KRISHNA: *(Dirigiéndose al público)*. Seguí ahí. Bien. Debo terminar mi narración. *(Se aclara la garganta)*. Una vez que Brahma y Shiva se hubieron percatado de la existencia del secreto dentro de un secreto, y de que hubieron averiguado el primer secreto, comenzaron a preocuparse. Cada uno a su manera, ya me entendéis. La preocupación de Brahma era más técnica que de otra clase: el primer secreto profetizaba la destrucción de su Creación. La de Shiva... bueno, quién puede saberlo. Quizás fuera la frustración por no conocer el secreto, simple curiosidad. El hecho es que ambos buscaron la respuesta, y finalmente ambos la encontraron. O quizás ambos la encontrarán dentro de poco. Ya sabéis, el tiempo es relativo y todo eso. El hecho es que el Secreto de la Creación y de la Destrucción apareció ante ellos tan fácilmente que pensaron que no podía ser la verdadera respuesta. La meditaron una y otra vez, y finalmente llegaron a la única conclusión posible para ellos: que aquello no tenía ningún sentido. Por tanto lo dejaron pasar. Y ambos terminaron por desaparecer. Se cumplió la profecía del primer secreto.

(En ese momento, en el centro del escenario se produce una gran explosión que esparce humo por doquier.)

Todo es ocultado por la bruma blanca, que se disipa con lentitud. Cuando se aclara lo suficiente, Brahma queda visible en el interior. Shiva continúa danzando. Krishna no se vuelve)

BRAHMA: *(Dirigiéndose a la espalda de Krishna)*. ¿Es necesario que te explique a qué he venido?

KRISHNA: *(Sin volverse)*. No, padre. Tú buscas el Secreto de la Creación y de la Destrucción, como Shiva, aunque tu curiosidad es distinta.

BRAHMA: ¿Y bien?

(Krishna espera unos instantes y luego se agacha. Se envuelve en la túnica hasta que todo rastro de su piel y su pelo desaparece de la vista. Hay movimiento bajo el montón de tela. Tras unos momentos, la túnica se mueve a un lado y en su lugar se yergue Vishnú, tan alto como desnudo, con los largos cabellos lacios y castaños cayendo inmóviles a la espalda, mirando con ojos marrones al estático y musculoso Brahma)

VISHNÚ: Es muy sencillo. Un simple humano mortal podría encontrar el secreto por sus propios medios, pero no un dios. Es un secreto vedado a los dioses.

BRAHMA: Eso es una tontería.

SHIVA: *(Canturreando)*. Vishnú qué tonto que es...

VISHNU: ¿Tú crees? Es un secreto muy sencillo, realmente. Dividido en dos partes. La primera consiste en que la Creación es algo fundamentalmente estático. Es orden, es mantener el orden de lo establecido para seguir creando más orden sobre ello. El orden es estático. El orden no cambia. Mantener el orden es no evolucionar. Por tanto, el orden por sí mismo sucumbe a su propia inmovilidad.

SHIVA: Ooooooh, mirad a Brahma, se ha quedado muy quieto... *(Suelta una carcajada justo antes de que Brahma la reprenda con la mirada negra)*.

VISHNÚ: La segunda parte consiste en que la Destrucción es algo fundamentalmente inestable y efímero. Es caos, es destruir cualquier orden que pueda llegar a establecerse. Es producir cambios radicales y arbitrarios en todo y en todo instante. Es negar la más mínima expresión de estabilidad. El caos es cambio perpetuo y de ahí la no permanencia de nada dentro de él. Por tanto el caos por sí mismo sucumbe a su propia evanescencia.

SHIVA: No entiendo nada. *(Con expresión preocupada)* ¿Te has vuelto loco ya del todo?

BRAHMA: No entiendo nada. ¿Y por esa nimiedad me he preocupado en venir hasta aquí? VISHNÚ: No os lo contaba a vosotros. Era una historia para ellos. *(Señala al público)*.

BRAHMA: Sin embargo, tu osadía al exhibir lo que tú llamabas secretos que no conocían los dioses merece un castigo, puesto que es herejía el suponer que Brahma no conoce algo. A partir de ahora no te volverás a encarnar en ningún humano. Hasta que la Creación desaparezca, si lo decido así algún día.

VISHNÚ: *(Haciendo una reverencia ante Brahma)*. Por supuesto. Nueve encarnaciones han sido más que suficientes para mí. No me queda nada que aprender ya.

BRAHMA: Queda decidido pues. *(Chasquea los dedos y desaparece en otra aparatosa explosión)*.

VISHNÚ: Y tú, Shiva, ¿ni la más mínima partícula de conocimiento ha acertado a posarse en tu cerebro?

SHIVA: *(Deteniendo su baile y mirándose el dedo con fastidio)*. Oh, vaya, me he partido una uña.

La Puerta Etrusca (VI)

Por Jorge R. Ogdon

36.

No volvió a despertar esa noche, sino hasta que las luces mortecinas del alba empezaron a iluminar los cristales de una ventana que nunca antes había notado que existiera en el dormitorio. Largas y amplias cortinas de una negra tela aterciopelada la habían ocultado, hasta ese momento, a su percepción.

Julio abrió un ojo y después el otro. Un reflejo brillante, producido por un entrometido rayo de sol cayendo sobre algo pulido o metálico, destellaba ante su mirada: era un gran espejo con marco de madera tan negra como el ébano. Se dio vuelta sobre un costado, huyendo de esa luz insistente que le arrancaba del sueño profundo y reparador. Un sueño sin sueños y sin pesadillas.

Palpó su cuerpo lentamente y se dio cuenta que no sentía ningún dolor. En algunas partes hizo presión con los dedos, pero tampoco le produjo ninguna reacción. Decidió ponerse en pie. Aparentemente, la tormenta había terminado y cedido paso a un día soleado. Había salido de las suaves manos de Morfeo y ya no sentía ganas de regresar para dormir en su abrazo.

Se levantó y fue hasta la ventana; corrió una de las pesadas cortinas y, con la mirada aún teñida por la somnolencia, vio que se equivocaba. El sol era una tímida bombilla opacada por un cielo formado exclusivamente por una gigantesca nube agrisada y lechosa que colgaba de la bóveda celestial, abarcándolo todo hasta donde podía contemplar. “Un día nublado”, pensó para sí con el rostro apesadumbrado. Días como éste, que no eran “ni chicha, ni limonada” –como diría un boliviano, compañero de tareas en la oficina de Buenos Aires–, deprimían a Julio.

Hubiera preferido tener la oportunidad de salir a pasear un rato por los campos. En realidad, lo que quería, en ese instante, era ir a conocer el túmulo; “El lugar alrededor del que gira todo este asunto del conde”, reflexionó, al tiempo que su vista seguía escudriñando el cremoso cielo, iluminado cual si fuera un vaso de leche puesto

bajo potentes reflectores... estando uno por completo sumergido en él y viendo hacia fuera a través del vidrio.

Se quitó el camisón antiguo, que parecía ser la ropa de cama adecuada de acuerdo a su servidumbre, que siempre se lo ponía en estos casos accidentados, sin preguntarle ni consultarle sobre ello. Casos que eran más frecuentes de lo que hubiera deseado. Y *ese* deseo que, por segunda vez, le había quedado sin cumplir, “Ese embozado, ¿quién es? ¿qué quiere? ¿Tendrá algo que ver con los sueños extraños que estoy teniendo?... Angela sabe algo, estoy seguro. Aquel destello de ira en sus ojos, aquella vez... Tengo que sonsacarle la verdad a toda costa... Pero, francamente, esta chica me desarma con su presencia. Cada vez que quiero encararla, zafa olímpicamente o pasa algo que me impide indagarla a fondo”. Y, mientras hablaba consigo mismo en su cabeza, fue al baño, al que entraba por primera vez desde su llegada. Se quedó helado en un pensamiento: “Y yo, ¿cómo sé dónde está el baño en esta casa?”.

37.

Bajó por la escalera en penumbras, oyendo el silencio tumbal que reinaba a su alrededor. En el salón de recepción no había nadie. Se hizo a la idea de que sería aún muy temprano y que las actividades matinales de Angela y el resto de sus servidores todavía no habían comenzado.

La voz de Angela le produjo un sobresalto involuntario:

–Buenos días, *Signore Conde*, ¡cuánto me alegro de que se encuentre usted mucho mejor!

–¡Ah!... ¡Angela! Vaya, ¡qué susto me has dado! –exclamó Julio, llevando una mano a su corazón.

–Oh, lo siento, *Signore Conde*. No fue mi intención –dijo con cara compungida.

–Está bien, Angela, no es nada. Es que estoy un poco sensible por mi accidente de anoche.

–Comprendo, *Signore Conde*. Fue un hecho

que pudo pasar a mayores. ¡Suerte que apareció Lumbro!... Y que vino el doctor Duval. ¡Ese hombre tiene un remedio para cada cosa! Es increíble, ¿no?

–Confieso que sí. Esa pomada que me aplicó anoche tiene resultados sorprendentes. Cuando desperté, el cuerpo ya no me dolía para nada... Y eso que me di flor de golpazo.

–Sí, *Signore Conde*. Ahora, me pregunto quién será ese intruso que ha visto. Que recuerde, nunca hubo intrusos que llegaran tan cerca de la residencia. Siempre hay algún cazador furtivo o alguna persona que traspasa los linderos de la propiedad, ya sea para curiosear o ahorrar camino a otra parte,... pero a ninguno de ellos jamás se le ocurrió venir a merodear alrededor de la casa.

–¿No sabes si hay alguna novedad de ese desconocido?

–Si la hay, Vípero no me ha comentado nada al respecto, *Signore Conde*.

–Aquella otra vez que te hablé de él, Angela, negaste saber quién es, ¿recuerdas?

–Sí, *Signore Conde*, y es la pura verdad.

–Ya, ya. Pero noté que su mención te produjo, no sé, como una perturbación... ¿Por qué?

–No sé a qué se refiere con eso, *Signore Conde*.

–Vamos, no te hagas la desentendida. Vi perfectamente que estabas conmocionada,... ¿cómo decirlo?... ¡Enojada, eso es!

–¿Enojada? *Signore Conde*, eso es imposible. ¿Por qué me habría alterado a causa de un merodeador al que no conozco?

–Es lo que me gustaría saber, Angela. En fin, en vista de que lo niegas de nuevo, no te volveré a preguntar por el asunto.

–Lo que usted deseé, *Signore Conde*, mas le reitero que no tengo la más remota idea sobre este asunto.

–Bueno, ya está superado, Angela. Dime, ¿ya despertó el doctor Duval?

–Sí, *Signore Conde*, hace unos quince minutos. Debe estar terminando de vestirse.

–Bien, ahora, ¿dónde vamos a tomar el desayuno?

–Si al *Signore Conde* le agrada puede disponer del comedor, ese en el que almorzó ayer. O, si lo prefiere, puede hacerlo en la galería oeste, que da a un precioso jardín. El jardín está bien cuidado, al contrario que el parque de atrás. Ya le dije a Vípero que encomiende su arreglo cuanto

antes.

–La galería oeste me parece bien y, si el jardín es tan bonito como dices, será una vista agradable después de la noche agitada que pasé. Ve, Angela, ve a preparar todo para nuestro desayuno.

–Sí, *Signore Conde*.

Angela hizo su habitual reverencia y se marchó presurosa a cumplir con su orden. Julio se quedó mirando cómo la joven se retiraba, para ir luego a sentarse en un amplio y mullido sofá de los varios que había en la recepción. Sacó un cigarrillo y, cuando estaba a punto de encenderlo, se detuvo. Por casualidad, al agachar la cabeza para hacerlo, su mirada había retenido, en un vistazo fugaz, unos objetos que estaban dentro de un aparador-vidriera de barroco diseño e intrincado decorado. Sin poder creerlo, se levantó y fue directamente hasta el mueble; se detuvo, con los ojos fijos en los objetos. Entre otros, que no le interesaron entonces, se exhibían un brazaete liso y un anillo adornado por una sinuosa filigrana. “¡Son esas! ¡Son las joyas que hallaron el conde y sus amigos!... ¡Sí, estoy seguro!”, se dijo, embargado por la emoción.

Se encontró temblando como una trémula hoja librada al viento, porque el reflejo sobre el cristal de la vidriera le devolvía una imagen que no era la suya; por una fracción de segundo vio, con absoluta claridad, la figura de un hombre vestido con una dalmática – como luego vino a saber que se llamaba esa ropa de tiempos de los romanos –, que lucía una blanca barba de corte “candado” enmarcando su anciano rostro surcado de arrugas, en el que brillaban un par de ojos de color indefinido. ¡Y había extendido una mano hacia él! “¡Dios mío, estoy alucinando!”, exclamó perplejo al instante de desaparecer la inesperada aparición.

–*Signore Conde*, ya está todo listo y el doctor Duval le espera.

En ese momento, Angela se acercó a él para anunciarle que la mesa estaba lista y el doctor Duval aguardándole. Julio la miró con ojos demudados, pero se compuso de inmediato pues no quería delatarse ante la joven.

–Ah,... Gracias, Angela. Ya voy –pudo responder con el mejor talante posible.

–Muy bien, *Signore Conde*. Si me necesita, no tiene más que hacer sonar la campanilla que está a la derecha de su plato y acudiré al instante.

–Gracias, Angela, dile al doctor que voy

enseguida .

Angela se retiró con esos gráciles pasos tan suyos, que casi no producían sonido alguno; sólo el raspar de la tela de su amplio faldón anunciaba su llegada y su marcha. Así se quedó pensando Julio, hasta que salió de su ensimismamiento y se dirigió a la galería. Al salir a ella vio al doctor Duval sentado a una mesa de jardín, de hierro blanco y diseño redondo, cubierta con un primoroso mantel, impoluto como un copo de nieve, sobre el que se distribuían una fina y delicada vajilla de porcelana china, *delicatessen* de todas clases, tostadas y panes de variadas formas, manteca y tarros de dulces caseros; en fin, una orgía del paladar que hizo esbozar a Julio una sonrisa de satisfacción. Al verle, el doctor Duval dejó a un lado lo que Julio tomó por un periódico. En ese momento, le pareció de lo más natural, hasta que, luego de un tiempo, recordaría ese detalle.

–Estimado *Signore Conde*, tenga usted los mejores días –expresó el doctor con voz ampulosa, al tiempo que se paraba a medias en señal de respeto.

–Buenos días, doctor Duval. Me complace mucho que esté aquí.

–Gracias, *Signore Conde*, el honor es mío y se lo debo a usted –contestó, con una sonrisa franca.

–Bueno, sentémonos y ataquemos estos manjares, doctor –le invitó mientras se restregaba las manos y echaba un rápido vistazo al triste cielo nublado, para volver enseguida su vista a la espléndida mesa y pasarla luego a los ojos acuosos del doctor Duval.

–Eso, eso,... todo se ve muy apetitoso, ¿no le parece? –le dijo éste.

–Exquisito, más bien diría. Pero no hablemos y actuemos. ¿Qué hay para beber?

–Té o café. ¿Qué prefiere? –ofreció señalando alternativamente a una tetera de porcelana china y a una cafetera de loza francesa.

–Café.

–¿Leche?

–¿Recién ordeñada? –preguntó Julio, notando la excesiva nata que cubría el borde del jarro metálico.

–Seguro, *Signore Conde* –contestó Duval, enmarcando las cejas y sonriendo ligeramente, como si pudiera haber otra leche que no fuera la recién ordeñada de una vaca.

–Mitad y mitad, entonces, doctor –expresó

con cierta añoranza en el tono de su voz. Extrañaba aquellos días juveniles en los campos de La Pampa argentina, a puro asado de tira, mate, “chinas” y caballos. “¿Cómo pudo mi viejo perder ese campo!”, se quejó amargamente en silencio.

–¿Cómo se siente hoy, *Signore Conde*? –la pregunta de Duval le arrancó violentamente de sus rememoraciones.

–Estupendo,... y eso se lo debo a usted, doctor. Realmente, esa pomada es muy efectiva. Ya no me duele nada.

Hasta él mismo se asombró de la rapidez con que pudo controlar su perturbación interior por el recuerdo del campo perdido. Él no era así. O no lo habido sido hasta ahora. Se consideraba un tipo *emocional* y, más bien, propenso al arrebatado duradero de sus emociones; tardaban en pasársele los momentos de euforia, tristeza, o lo que fuera. Pero este día era diferente, y lo había notado.

–Me alegra oír eso, *Signore Conde*, ¡Por sus ganas de comer se ve que está recuperado por demás! Je je...

–Angela me ha dicho que usted tiene un remedio para todo, ¿es cierto tal milagro de la ciencia?

–¡Bah!... Angela exagera. Bueno,... es una joven del campo, je je...

–Creía que usted también era un “boticario de campo”, je je... –Julio le hizo eco a su risita con un tono irónico.

–¡Ah, pero yo he estudiado y ella no! Muchos años quemándome las pestañas para heredar el arte de sanar y mantenerse sano que ha cultivado mi familia desde,... hace mucho.

–¿Mucho? –preguntó Julio mientras llevaba una masita de vainilla a sus labios y le echaba una mirada oblicua, acompañada de una media sonrisa que pretendía ser burlona.

–Mucho, sí, *Signore Conde*; generaciones...

–Mmm... Precisamente de una de las cosas que quería hablar con usted, y ya que me confirma en mi presunción sobre su raigambre de antigua data en la región y, más precisamente, en la Villa Scarlatti, es acerca de eso. De la antigüedad de las relaciones de todos ustedes con la familia Scarlatti.

–¿Por qué, *Signore Conde*? ¿Acaso no sabe esas cosas por sus antepasados mismos? –le miró extrañado realmente, como si estuviera preguntándole sobre asuntos que *debiera saber* por sí mismo. Eso, en cierta forma, desarmó a

Julio.

–Eh... Bueno, seré franco con usted, doctor. No, no sé mucho... No,... mejor dicho no sé prácticamente *nada* de la familia Scarlatti, ni de la villa y ni siquiera de los acontecimientos que ocurrieron en los días del conde Bruno. Por eso quería que usted me ponga al tanto. Imagínese, el conde Bruno me legó todo lo suyo, pero no tengo ni idea de quién era; ni siquiera sabía, antes de que unos abogados en Buenos Aires me convocaran a tomar cargo del legado, que el conde y todo esto existían.

–Ops... Es algo muy... inusual, *Signore Conde* –manifestó el doctor con manifiesta perturbación.

–Claro que es de lo más inusual, ¡dígamelo a mí! Porque, como bien sabe, doctor, desde mi llegada a este lugar, he pasado por demasiadas cosas que me están superando y de a ratos pienso si no estaré enloqueciendo.

–¿Enloqueciendo? ¡Vamos, *Signore Conde*! Esto será raro para nosotros, pero no veo motivos para que usted esté perdiendo la cordura.

–¿Eso cree, eh? Escuche, doctor, desde que estoy aquí he sufrido un traspíe tras otro. Todo lo que veo aquí me es extraño y, a la vez, me atrae como una mosca a la miel. Tengo sueños en los que me veo en situaciones espantosas. Estoy rodeado por muebles, objetos y ambientes que me resultan de lo más extravagantes y, por momentos, siniestros. ¡Qué clase de persona tendría este gusto delirante para decorar una casa!

–Me imagino que alguien lo suficientemente rico como para permitirse cualquier extravagancia, como bien dice usted. Eso no me parece extraño, sólo me parece una expresión del refinamiento de la familia Scarlatti –respondió con un gesto que pretendía restarle importancia al tema.

–¿Y que la gente de este sitio vista como en el siglo XIX también le parece tan natural? ¿Qué tengan los modos y la forma de hablar de personas de hace dos siglos? Vamos, doctor, para mí nada de esto me puede resultar normal

–Bueno, para mí y el resto de los que vivimos en la Villa Scarlatti lo es – respondió el doctor con toda naturalidad – No veo que puede tener de raro en un territorio agreste como éste, ¿no le parece lo mismo? De donde viene usted, *Signore Conde*, debe haber zonas en las que se da el mismo fenómeno,... folclórico, vamos a decirle así.

–Es verdad. Discúlpeme, doctor, es que estoy muy confundido.

–No tiene que disculparse conmigo, *Signore Conde*, conozco los efectos secundarios de los medicamentos que le he estado administrando. En algunos casos, como seguramente es el suyo, producen hipersensibilidad y, si tiene una imaginación fértil, en ocasiones pueden hacerle tener ensoñaciones.

–Ensoñaciones... Es una manera muy elegante de llamarle a las pesadillas, doctor.

–¿Pesadillas? No, *Signore Conde*, deben haber sido ensoñaciones muy vívidas nomás. Provocan *pavura*, mas son inofensivas. Seguro que ha tenido visiones fuertes, pero es porque tuve que usar dosis altas con usted la primera vez. Reconozco que me arriesgué, pero en esa ocasión su estado, y ahora puedo decirselo abiertamente pues ya está fuera de peligro, era de lo más apremiante. Era,... como si le hubieran sacado la vitalidad del cuerpo, ¿me entiende, *Signore Conde*? Como si le hubieran absorbido el hálito de la vida,... el alma, *Signore Conde*.

–Es cierto. Aquella vez me sentí morir. Si no hubiera sido por usted y su tónico...

–Fue una fea situación, lo reconozco. Pero hablemos de otra cosa...

–No. Hablemos de esa ocasión. Todo me ocurrió cuando vi, o creí ver, porque ya no sé si realmente aconteció o fue otra... ensoñación,... le decía, vi una esfera oscura y, a la vez, irizada de millares de inifinitesimales destellos, que estaba rodeada por cuatro arbustos. Cuando me acerqué hacia el lugar, primero, parecía que por más que caminara hacia ella siempre estaba a la misma distancia, hasta que, de improviso, fue como si estuviera dentro de la esfera, mirando hacia fuera; todo a mi alrededor se desfiguró de una manera terrible, cual si todo se reflejara en un espejo de circo, esos que deforman la imagen, y... y no recuerdo más, sólo que me encontré con Vípero agitándome como a un muñeco, tratando de que recuperara la conciencia. La esfera no estaba más allí y nada delataba que lo hubiera estado. Sólo estaban los cuatro arbustos,... unos arbustos horribles, doctor... Mandaré cortarlos de inmediato.

–¡No, *Signore Conde*, no vaya usted a hacer eso, se lo pido por Dios!

–¿Por qué no, doctor?! Deben ser venenosos,... exhalar algún aroma o polen, o lo

que fuera que sea, que es tóxico, ¡casi me matan, doctor!

–No, *Signore Conde*, cálmese, por favor se lo pido. Escúcheme, los arbustos, ¿eran de color rojizo, hojas y troncos gruesos y retorcidos?

–Sí, eran así, doctor.

–Son *arbores infelices*, *Signore Conde*, sólo eso. Plantas que no producen daño alguno al hombre. Por el contrario, me son muy útiles para algunos preparados medicinales, imagínese. En dosis adecuadas, como todo lo que *Natura* nos da, es un ingrediente indispensable.

–¿Cómo puede ser eso?

–Oh, *Signore Conde*, no voy a impartirle una aburrida clase de química, ¿no le parece? Estas delicias merecen una conversación más interesante.

–Está bien. Las dejaré donde están.

–Simplemente, si cree que tiene alguna clase de alergia hacia ellas, evítelas. A veces pasa, las alergias son muy difíciles de tratar porque casi nunca se sabe qué las produce.

–Es razonable, doctor. Puedo atribuir su efecto a lo que usted acaba de explicarme. Pero, ¿qué hay del resto? De las pesadillas, los sueños,...

–Bueno, eso ya quedamos en que es explicable por las dosis del tónico...

–Sí, pero eso fue aquella vez, ¿cómo explica que anoche tuviera una de las más vívidas pesadillas desde que llegara? Más aún, ¿cómo me explica por qué acabo de tener una de esas ensoñaciones, como usted las llama, justo cinco minutos antes de venir a reunirme con usted? ¿Y a plena luz del día, estando conciente, eh?

–¿Le acaba de ocurrir eso?

–Le estoy diciendo...

–Santa madre de Dios, eso es muy terrible, *Signore Conde* –se pronunció el doctor con el rostro demudado por la desazón que le producía el relato de Julio.

–¿Terrible? ¡¿Por qué, doctor?! ¡Dígame, se lo demando! –le espetó Julio al tiempo que saltaba de su silla y cruzaba por encima de la mesa, apuntando con el índice en dirección a Duval.

–Bueee... bueno, pero,... siéntese usted, *Signore Conde*, siéntese,... Le diré lo que quiere saber, pero no es necesario que se exalte usted de esta manera – intentó apaciguarle un asustado Duval.

–Le ofrezco nuevamente mis disculpas,

doctor... Todo esto me tiene los nervios de punta – dijo Julio, aflojando súbitamente la tensión que le invadía. Estaba furioso con el doctor pues durante toda la conversación no había hecho otra cosa que tratar de minimizar cada una de sus palabras. “¿No se da cuenta este imbécil que lo que le digo es la verdad?”, farfullaba para sus adentros.

–Le comprendo, *Signore Conde*, le comprendo. Ahora las cosas han tomado otro cariz y es imperioso que sepa acerca de unas cuantas cosas sobre el conde Bruno y la Villa Scarlatti –arrancó Duval, mientras rascaba nerviosamente sus manos–. Pero antes, dígame usted qué es lo que ya conoce.

–Doctor, le advierto, no estoy jugando ni desvarío. Aquí pasa algo muy raro y yo no estoy de humor para tomarlo a la chacota. Lo único que sé es que el conde Bruno y unos amigos suyos que la iban de arqueólogos hallaron, en estas tierras, un grupo de tumbas etruscas; parece ser que el conde tuvo, a partir de entonces, unos sueños extraños y le diré francamente que, hasta donde sé, eran de la misma clase que los que me están afectando a mí.

–¿Los mismos?

–Sí, doctor, los mismos, exactamente iguales. Solamente que en los míos, soy yo el que actúa como parece que actuaba él en los suyos.

–¡*Madonna santa*, esto es más grave de lo que pensé! –exclamó azorado Duval, clavando sus asustados ojos en los de Julio.

–No le entiendo, doctor. No todavía, pero yo mismo estoy asustado por todo el asunto.

–Sí, ¡quién no lo estaría, *Signore Conde*!

–Bueno, sé también que el conde Bruno tuvo grandes problemas con la ley; que hubo disturbios y asesinatos y, por lo que escuché en Montepulciano, por aquí dejó un recuerdo bastante desagradable... Ah, y otra cosa que escuché es que el conde desapareció misteriosamente, así,... ¡paf!, como por arte de birlibirloque un día se esfumó y desde entonces no se produjeron más desgracias.

–Veo que sabe lo suficiente como para comprender que se encuentra usted en una posición difícil, *Signore Conde*.

–¿Por qué lo dice, doctor?

–Le seré franco, *Signore Conde*. Le contaré lo que viví en mi infancia y lo que luego me enteré por boca de mi padre, quien, obviamente, vivía aquí, en las propiedades Scarlatti, junto conmigo y

con mi madre, Dios los tenga en la gloria.

38.

Julio miró detenidamente al doctor Duval. Luego, tomó una tostada y empezó a untarla con manteca, al tiempo que le decía:

–Soy todo oídos, doctor.

–Cuando yo nací, el conde Bruno ya no estaba aquí. Empiezo por aclararlo para que se dé cuenta que lo que le voy a relatar son, principalmente, las cosas que me dijeron mis padres. Pero voy a comenzar con un episodio que me aconteció a mí de pequeño y por el cual llegué a enterarme de los hechos terribles que ocurrieron en este lugar –arrancó con parsimonia, mientras se recostaba contra el respaldo de la silla y cruzaba los dedos de las manos sobre su vientre–. Tenía, por entonces, siete años. Ese nublado día de otoño, los bosques ya casi no tenían hojas, las que cubrían los alrededores como una alfombra dorada y reseca. Como todas las mañanas, me dirigía al arroyo...

–¿Cuál? –preguntó Julio con media tostada masticada a mitad de camino de su boca.

–El arroyo Cabreas, el que cruza por sus territorios, *Signore Conde*.

–Ah, sí. Ayer lo conocí.

–... –Duval se quedó mirándolo inquisitivamente.

–Está junto a la casita de reposo esa. Ayer fui a conocer al personal de la finca, doctor.

–Ah..., bueno, le decía, entonces,...

–Perdóneme, antes de continuar, ¿sabe por qué se llama así?

–Es el nombre etrusco del mes de abril, *Signore Conde*.

–¿Etrusco? –levantó la mirada y la dejó fija en el rostro de Duval, con una expresión de extrañeza.

–Sí, conserva su antigua denominación. Siempre se llamó así, *Signore Conde*.

–Ajá... decía entonces,...

–Sí, que iba para el arroyo, a pedido de mi madre, para llenar un cubo de agua. Bueno, que llegando a él, una decena de metros antes de alcanzar la ribera de este lado, fui deteniendo la marcha porque, ... porque del arroyo parecía elevarse una columna de agua, pero que no era agua, sino algo que se le parecía y nada más. Era como una columna de agua, pero no lo era, no sé

cómo explicárselo, *Signore Conde*..

–No se preocupe, doctor, ya estoy habituado a las cosas inexplicables en este lugar.

–En fin, ... El asunto es que ese líquido acuoso se elevaba, como le decía, en forma de columna, pero eso no era nada, sino que... ¡tenía un rostro! ¡Sí, tenía un par de ojos negros y terribles, un agujero en el lugar de la nariz y, ... no sé, como tres o cuatro hileras de dientes descascarados en el sitio de la boca, *Signore Conde!*... Se imaginará que me quedé blanco como un papel y la voz atenazada en un grito que se negaba a salir y que, por el contrario, se afanaba por hundirse más aún dentro de mi pecho a causa del miedo que me provocó la visión de tamaña anormalidad...

–Y claro, además siendo usted un niño...

–¡Oh, sí, *Signore Conde!*... Pero lo peor fue cuando comenzó a hablarme...

–¿Le habló?

–Sí, me habló, ... Pero no entendí entonces nada de lo que decía, porque su voz me llegaba como entremezclada con una cascada de agua. Ahora ya ni me acuerdo de lo que me murmuraba, porque hablaba en voz queda, ... tanta fue la fuerza de mi voluntad infantil por olvidar el episodio. Y de pronto, así como se había alzado en medio de la corriente del arroyo, ese ser acuático o líquido, ¡puf!... volvió a hundirse en el agua y desapareció dejando tras de sí una especie de neblina que, al final, terminó por deshacerse en el aire. Para ese momento, yo ya había soltado el cubo y salido corriendo de vuelta a casa, en medio de alaridos de terror. Cuando llegué para contarle todo, nadie, por supuesto, me creyó. Aunque..., pensándolo bien, creo que no querían que se hablara del asunto, porque, y eso sí lo recuerdo bien, mi madre me miraba con un dejo de temor en los ojos y mi padre, bueno, estaba furioso conmigo y me prohibió terminantemente hablar del asunto.

–Algo raro, por cierto –Julio le echó una mirada de soslayo mientras luchaba por cortar un trozo de pan de campo, de crocante corteza.

–Bah, no tanto. Había en esos tiempos un pacto de silencio entre todos los habitantes de la Villa Scarlatti.

–¿Un pacto de silencio? ¿Y eso por qué?...

–Por el conde Bruno y lo que había ocurrido aquí.

–¡Bueno! Al fin llegamos al meollo del asunto.

–Ya le dije que lo que sé, lo sé por boca de

ganso. Y que lo único fuera de lo normal que puedo contarle de primera mano, ya se lo dije.

–Vamos, doctor, haga que canten los gansos de una vez.

–Usted lo pidió, *Signore Conde* –dijo Duval, mientras se servía una colmada taza de té negro.



LOS SUEÑOS DEL CONDE SCARLATTI © J. J. Ogden, 2001

39.

Luego de dar un largo sorbo al humeante té, que terminó con un chasquido de su lengua, el doctor continuó:

–Lo que le he contado, *Signore Conde*, fue el comienzo de todo para mí. A los pocos días de haber sido retado duramente por mi padre, en los que, por supuesto, no puse un pie fuera de la casa sin tener a alguien que me acompañara,... le decía, una noche, después de la cena, estaba a punto de subir las escaleras para ir a mi cuarto cuando, detrás de la puerta entrecerrada del salón, escuché las voces encrespadas de mis padres, que parecían discutir sobre mí. Obviamente, me detuve como si me hubieran clavado al piso, pero sólo por un

momento, porque luego me deslicé subrepticamente hasta quedar pegado a esa ominosa puerta y parando la oreja con crispada atención. Recuerdo exactamente las primeras palabras que le oí decir a mi padre, “... ¡Y ahora el niño, nuestro propio hijo! ¿¡No te das cuenta, mujer, que el engendro del mal todavía anda rondando la villa!?”,... ¡y las de mi madre!, que le respondía entre sollozos, “¡No puede ser, no puede ser! ¡Bruno ya no está! ¿¡Qué busca aquí!?” –Duval se detuvo bruscamente en este punto, con la mirada perdida en la lejanía, como si estuviera viendo la escena que relataba.

–¿El engendro del mal?... A ver, doctor, acláreme eso, por favor.

–Ya llegaremos a eso, pronto, no se impacienta, *Signore Conde* –contestó Duval apaciblemente, mientras llevaba la taza de té a sus labios.

–Me deja con la espina, doctor, vamos, siga.

–Le diré algunos fragmentos de esa conversación entre mis padres, usted, saque sus conclusiones, *Signore Conde*, como yo tuve que sacar las mías y que, debo reconocerlo, son meras conjeturas. Quizás, hasta mis propios recuerdos no son lo fidedignos que debieran ser como para tratar de entender, tan siquiera, lo que ocurrió aquí en los días del conde Bruno. Porque lo que a continuación dijo mi padre fue, “¿¡Cómo que no sabes lo que quiere, insensata!? ¡A nosotros, a todos nosotros! ¡A ti, a mí, a nuestro hijo, a los campesinos, sus mujeres e hijas, a todos, mujer, a todos! ¡Nos quiere arrastrar consigo al infierno en el que vive! ¿¡No puedes entenderlo!? ¡Aaah..., es imposible no entenderlo!”, a lo que mi madre contestó, “¡Pero Bruno lo encerró! ¡Él cerró la puerta!... ¡Dijo que era para siempre, para siempre... oohh!”, exabruptos que mi padre replicó diciendo, “¡Pues no, no era para siempre, no era así! ¡Maldito Bruno! ¡Maldito seas, bastardo!... Pero, ¿¡tú creías que en serio quería ayudarnos a que nos libráramos de la locura y de ese monstruo!? ¡Pobre estúpida! ¡Hizo todo lo que hizo para que fuéramos pasto de esas abominaciones a las que nos condujo a todos! ¿¡Cómo puedes ser tan necia, Clara!?” –nuevamente, el doctor se quedó callado, como meditando o tratando de traer a su conciencia las palabras precisas que usaban sus progenitores en aquellas terribles revelaciones.

–Clara se llamaba su madre, ¿no?

–Así es, *Signore Conde*, y hacía honor a su nombre de pila. Clara, así de transparente era para mí en esos días.

–Pero, siga, siga, doctor.

–Oh, mi madre no atinó a decir amén que mi padre ya le soltaba otra ristra de recriminaciones de un tenor muy raro, por cierto,... sí, le decía, “Lo que hicimos, hecho está, pero ahora estamos fuera de todo eso. Fue una verdadera locura, un estado demencial, pero logramos dejarlo, al menos desde la desaparición de Bruno. Tú dices que le cerró la puerta, ¡qué bah, yo no me lo creo! ¡Es él quien está urdiendo todo este asunto! ¡Algo se trae entre manos, seguro! ¡Oh, Dios, qué locura!”. Mi madre le preguntó, “¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Se le ha manifestado a nuestro pequeño! ¡Oooh, Battista, quiere a nuestro niño, oh, no, no!”... y no me lo pregunte, *Signore Conde*, Battista era el nombre de mi padre –agregó Duval socarronamente, antes de proseguir–. Bueno, entonces, mi padre le dijo, “¿¡Hacer!?! ¿¡Qué podemos hacer, querida, qué?! ¡Irnos, pues! ¡Haz las maletas con lo imprescindible, vamos!”, a lo que mi madre replicó, “Estás loco, no podemos irnos de la villa, lo sabes tan bien como yo, Battista. No, hay que encontrar otro modo. Al demonio se le combate con sus armas, Battista. Hay que hablar con una *strega*”; mi padre debe haberla mirado con estupor e incredulidad, porque exclamó, “¿¡Y yo estoy loco!?! ¡No me vengas con sandeces! Brujerías, ¡ja! ¡Este espanto es bien real, Clara! ¿Piensas detenerlo con agua bendita y crucifijos? No sabes de lo que hablas, mujer”. Pero mi madre insistió, “Si no estás conmigo, no lo hagas, pero yo me aseguraré de proteger a nuestro hijo con todas las armas que Dios me provea. No todas las brujas hacen daño, las hay buenas también. A una de esas es a la que buscaré. Y no tengo que ir muy lejos, hay una en la misma casa de Bruno” –Duval se sumió de nuevo en el silencio. Pasaron un par de minutos, en los que no manifestaba ninguna intención de seguir hablando y se ocupaba de beber su té con una mirada ligeramente acuosa.

–¿Y entonces, doctor, qué pasó entonces?

–¿Yo?... yo tuve que retirarme con premura porque escuché que mi madre se levantaba de donde estuviera sentada y se dirigía hacia la puerta, dejando a mi padre con la palabra en la boca. Me oculté en el hueco bajo la escalera. Mi padre cerró la puerta del salón, seguramente para

tomarse unos tragos. Yo salí de mi escondite cuando sentí que mi madre cerraba la puerta de su dormitorio. Entonces, subí las escaleras descalzo, sin hacer ni un ruido, y me metí como tejo en el mío. Sí, derechito a la cama, sin chistar y sin poder dejar de pensar en todo lo que había oído.

–Guau,... Fue algo impresionante.

–Sí, pero eso fue sólo el comienzo.

–¿El comienzo?

–Sí, *Signore Conde*. Finalmente, mis padres resolvieron quedarse y luego de una serie de sucesos que para mi entendimiento de niño en esos tiempos, escapaba a toda comprensión. No puedo decirle exactamente qué era lo que me mantuvo aterrado por dos largos años de mi infancia, porque a veces ni yo mismo puedo recordarlo. Tan sólo recuerdo los temblores, la aprensión y el miedo. Nunca pasó nada que pudiera definir en términos concretos, siempre eran como ensoñaciones...

–¿¡Ensueños?! ¿¡Como los míos!?

–No lo sé, *Signore Conde*. Creo que más extraños. En fin, que tuve una infancia perturbada, como ve; diría que hasta perturbadora, más bien –agregó Duval bajando la mirada y entrelazando las manos sobre la mesa.

En ese momento, Julio se percató, por la sombra que se proyectaba a su lado, que alguien estaba parado detrás suyo. Se volvió rápidamente y se encontró cara a cara con Valentina, que le miraba atentamente y sin sonreír, cosa que hizo al instante en que Julio volteó su rostro hacia ella.

–Eh, Valentina, ¿qué haces allí parada? –exclamó Julio inquisitivo.

–Buenos días, *Signore Conde*. Vengo a decirle que la señora Delia está ahora disponible para que usted la conozca. Es algo que espera hacer hace rato, ¿no?

–Oh, claro que sí, Valentina. Pero justo ahora estoy con el doctor Duval, desayunando...

–Disculpe la interrupción, *Signore Conde*, pero más luego la señora Delia tiene que hacer la comida para el batallón de peones que ya conoce. No quiero ser impertinente, pero sería bueno para no alterar el ritmo de la casa, que me acompañe usted ahora mismo –le respondió la niña sin dejarle terminar y con un tono que no admitía mayores argumentaciones.

–Vaya, vaya... ¡Qué le parece, doctor! Ahora los infantes nos dicen lo que tenemos que hacer

sus mayores, ¡qué tiempos, Duval!... En fin, ya ve que la pequeña mensajera no me deja otra alternativa. Pero en el almuerzo me seguirá contando su historia, la encuentro muy emocionante y, quien dice, podemos sacar algo en claro que explique lo que pasa en este lugar.

–Pues,... claro, claro, *Signore Conde*, haga usted lo suyo. Yo me quedaré un rato más, si no le molesta, disfrutando de la cocina de la señora Delia – contestó Duval con renovado entusiasmo, mientras se frotaba las manos. A Julio le pareció que estaba aliviado por no tener que seguir con sus recuerdos de infancia.

–Sí, no hay problema, doctor. Está usted en su casa, sírvase lo que quiera. Volveré en un rato. Quizás después pueda llevarme hasta donde están los túmulos, ¿qué le parece?

–Eehh..., sí, sí, lo que usted quiera, *Signore Conde* –dijo el doctor con una voz un tanto trémula y dubitativa. Al parecer, no le gustó mucho la propuesta.

–Bien, entonces, vamos, Valentina, llévame con la señora Delia –indicó Julio a la niña mientras se levantaba de su asiento.

–Sólo sígame, *Signore Conde* –concluyó ella al tiempo que se daba vuelta y empezaba a marchar por la galería hacia la escalera que llevaba al jardín.

40.

Julio siguió de cerca a Valentina, que caminaba de prisa a pesar de que sus pasos eran más cortos que los suyos. Aprovechó para echar una mirada superficial al hermoso y cuidado jardín. Se preguntó quién sería el encargado de esta obra que manifestaba un amoroso cuidado y una esmerada atención; obviamente, debía ser alguien que amara a las plantas y a la Naturaleza. Los colores de las flores y las hojas de ciertos arbustos de exóticas combinaciones cromáticas y aún más curiosas formas, le llamaron la atención, pero no podía dejar de ir detrás de Valentina, que parecía flotar de tan rápido que caminaba. Un efecto óptico, sin duda, se dijo Julio, creado por la amplia falda de la niña, que se abría a su paso como dos estelas bajo la proa de un barco.

Doblando el recodo de la casa, se encontró en el parque lateral en donde, anteriormente, Valentina se había esfumado cuando regresaban de la casa de descanso. Volvió a ver las grandes

puertas añejas y vio que la niña se detenía ante una de ellas, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara.

–Es aquí, *Signore Conde*, esta es la entrada a la cocina –le dijo Valentina con una ligera sonrisa maliciosa–. Ahora, puede usted entrar y conocer a la señora Delia –continuó, acentuando su sonrisa.

–¿Tú no vienes conmigo, Valentina? – preguntó Julio algo inquieto sin saber la razón.

–Oh, no, *Signore Conde*, tengo que ir a la casa de descanso y poner la mesa para los peones. Es un trabajo delicado, si se rompe un plato o un vaso me darán una zurra – contestó ella.

–¿Quiénes te dan palizas aquí, eh? Dime, veré que no vuelva a suceder. No estando yo aquí, ¡qué diablos, pegarle a una niña tan bonita como tú! – se enfadó ante ese comentario.

–Oh,..., bueno, son palizas que no duelen, en el fondo, *Signore Conde*. Angela me da unas buenas, pero cuando dice que lo merezco, *Signore Conde*.

–¿Angela? Pero, pero..., si es encantadora. No, no me la imagino pegándote.

–Oh, sí, *Signore Conde*, mi hermana es brava. No se engañe con ella. ¡Es una bruja!

–Vamos, vamos, Valentina, me parece que estás exagerando.

–¡En serio, *Signore Conde*! Angela es una *strega*...

–Bueno, basta ya, Valentina. Aprecio mucho a tu hermana como para dejarte que sigas con esas pavadas. Ahora, ve a hacer lo tuyo que yo iré a ver a Delia.

–La señora Delia, *Signore Conde*, no se olvide, por favor. Es su marca de respeto y todos la queremos mucho. Es nuestra *nona*, ¿sabe?, nuestra abuelita –agregó Valentina con ojos candorosos.

–No lo olvidaré, Valentina, gracias.

La niña se marchó y Julio se quedó unos instantes viéndola irse y luego estuvo mirando la vetusta puerta que parecía no haber sido abierta en siglos. ¡Dios, pero si hasta tenía telarañas en los goznes! ¿Cómo era eso posible si por esa puerta entraban y salían personas durante todo el día? ¿O no?

Julio alejó sus incontestables interrogantes y se decidió a entrar; empujó una hoja del portal, que se abrió sin resistencia alguna. “Al menos, esto descarta mis estúpidas ideas”, se dijo. Miró hacia el interior y vio que estaba en penumbras,

pero entraba suficiente luz desde el vano de la puerta como para distinguir una especie de recibidor muy pequeño, en cuyo extremo más alejado se abría una boca cuadrangular iluminada con matices dorados, anaranjados y rojizos, que obviamente era el acceso de una escalera descendente. “¿La cocina está enterrada en el subsuelo? Vaya lugar para ponerla”, pensó con extrañeza.

Se dirigió a ella y bajó los peldaños de piedra con paso cauteloso. No sabía por qué, pero todo él era un manojo de nervios en tensión. Desde abajo le llegaban ruidos de movimientos, de cacerolas u otros cacharros metálicos, de lozas que eran apoyadas sobre superficies de madera, de cucharones y cuchillos entrechocando; en fin, del ajetreo cotidiano de una gran cocina para un considerable número de personas.

Esos sonidos le devolvieron la tranquilidad porque eran reminiscentes de un mundo que le resultaba familiar, el mundo de los hombres, que nada tenía que ver con el de las apariciones sobrenaturales y las pesadillas nocturnas.

De pronto, oyó una voz de tonos antiguos, ancestrales, que se dirigía a él y vio, al pie de la escalinata, a una anciana cuyo rostro ya conocía, que ya había podido contemplar de cerca y que se le había manifestado en toda su terrible naturaleza durante su sueño; porque la mujer le sonreía con sus dientes tallados y le hacía señas para que bajara, a la vez que le saludaba alegremente

–Ah, *Signore Conde*,... *Arpatítu, arpatítu, sepis tótku*... –con unas palabras que le recordaron la jerga ininteligible del pastor demente y la de sus propios, locos sueños.

–¿Señora Delia? –dijo con un ligero temblor de labios.

–*Sono io, Signore Conde, benvenuto*... Ah..., no sabe desde hace cuánto lo esperábamos, *Signore Conde*. Le ruego me disculpe las condiciones, pero hay tanto que hacer. Estos hombres suyos comen por diez cada uno y hay que darles su alimento a horario, *Signore Conde*. Pero, baje, baje, por favor –fue su respuesta, que acompañó con nuevas gesticulaciones.

–Encantado de conocerla, señora Delia. Soy Julio Gravinia, el heredero del conde Bruno Scarlatti –Julio formalizó su presentación como para no crear familiaridades fuera de lugar. Creyó que eso pondría un límite que le distanciara de la anciana y evitara algo que no podía definir pero

que le producía escalofríos cada vez que le miraba directamente a la cara.

–Oh, sí, sí, ya lo sé, *Signore Conde*. El nuevo conde, ¡ah, qué felicidad que esté de vuelta!

–¿De vuelta?

–Bueno, que el linaje continúe habitando en su solar después de tantos años –aclaró Delia con una semi sonrisa de dudoso significado.

–Huele bien aquí, ¿qué les está preparando a “mis hombres”, señora Delia? –inquirió Julio mientras aspiraba espantosamente el aire.

–Hoy van a almorzar un estofado de ciervo con guarnición de lentejas, papas, cebollas y aderezos. Es algo especial. Hay que festejar que usted se encuentra en casa, *Signore Conde*. La familia Scarlatti siempre dio lo mejor a su gente, a sus leales servidores. He de suponer que usted seguirá la tradición familiar, ¿no es cierto, *Signore Conde*?

–Pues claro que sí, señora Delia, claro que sí. A mis dependientes, lo mejor. No soy de aquellos que escatiman su fortuna a quienes le ayudan a vivir.

–Me alegro, me alegro, *Signore Conde*. Veo que Valentina no se equivocaba al decirme que usted era el genuino heredero de los Scarlatti.

–¿Eso dijo Valentina? Vaya, pues no me lo dijo a mí –comentó Julio algo desconcertado. Pensó en la niña por un segundo. ¿Sería ella la que entró a su cuarto, después de todo, en compañía de la vieja que tenía delante suyo?

–Ella le admira, *Signore Conde*, usted debe saber cómo es eso en los niños.

–No, señora Delia, no lo sé porque no tengo hijos, no estoy casado, ¿sabe?

–Claro que lo sé, *Signore Conde*, pero usted ha sido niño alguna vez. ¿Nunca admiró a nadie al punto de amarlo?

–¿Eh?... Pues, no sé qué decirle ahora...

–No diga nada, *Signore Conde*, y póngase cómodo, venga, siéntese aquí –dijo Delia mientras le ofrecía asiento en una banqueta ante una mesa de oscura madera y curioso diseño.

–Gracias, señora Delia. Dígame, ¿conoce bien la historia de la villa y del conde Bruno? – le preguntó Julio a boca de jarra al tiempo que se sentaba.

–Pues claro que sí, *Signore Conde*. Yo era su cocinera –respondió Delia con toda naturalidad.

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://www.eximeno.com/qliphoth>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2000-2003 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno